SUMARIO

ESTUDIOS

- **Caminar a la intemperie**
  Inmaculada Soler Giménez 109
- **Sostenido por su amor y por mi libertad**
  José Ignacio García Jiménez, sj 121
- **Entre el optimismo y la esperanza. Encuentro con Dios en la vida cotidiana**
  Luis Alberto Rodríguez de Rivera 133
- **Me aman, luego soy**
  Almudena Egea Zerolo 143

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **¿Nos dice algo hoy la «Populorum Progressio»? - (I)**
  Jon Sagastagoitia, sj 157

COLABORACIÓN

- **Jóvenes y migración: una oportunidad para la Iglesia y la Sociedad en Europa**
  José Magaña Romera 161

«APRENDER A REZAR CON...»

- **2. Orar con los cantos de Taizé**
  Hermano Émile 175

LOS LIBROS

- **Recensiones** 185

PRESENTACIÓN

ESPIRITUALIDAD DE «ANÓNIMOS CRISTIANOS»

En la mayoría de las sociedades europeas actuales, y en particular en la española, la vida de los cristianos está atravesando un periodo de su historia bastante distinto al de épocas anteriores. Los cambios religiosos y sociales de las últimas décadas han hecho que los cristianos y las cristianas del siglo XXI se formulen nuevas preguntas sobre su identidad, su presencia y comportamiento social, etc. Igualmente, que estén tomando quizá mayor conciencia de la importancia y el valor de vivir junto a personas de otros credos e ideologías con atención, colaboración y mutuo respeto.

Estos cristianos y cristianas se encuentran frecuentemente en el *punto de mira* de muchos de sus contemporáneos: tanto de los que se declaran no cristianos, agnósticos o ateos como de otras personas que, como ellos, se confiesan también cristianas.

No se puede negar que, en ocasiones, personas pertenecientes al primero de los grupos mencionados dedican y dirigen a los seguidores de Jesús de Nazaret opiniones, comentarios y calificativos no particularmente positivos. Aunque no siempre es fácil acertar en los diagnósticos, quizá se puede señalar que muchos de ellos presentan, a veces, descalificaciones exageradas o no muy proporcionadas.

Tampoco se puede negar que muchos cristianos y cristianas de nuestra sociedad reciben con relativa frecuencia mensajes y opiniones sobre elementos nucleares de su vida (fe, seguimiento de Jesús, etc.) que proceden de ámbitos cristianos y que suelen estar caracterizados por el desencanto, el desánimo, la frustración... Su contenido es varia-

do. Así, algunas voces ponen un especial acento en el aspecto de la visibilidad del seguimiento del Resucitado; una visibilidad que ellas echan de menos entre los cristianos y que desearían se manifestase de manera más explícita. Otras personas se muestran muy preocupadas por la falta de protagonismo (quizá del *protagonismo de antaño*) de los cristianos de nuestras sociedades actuales, y apelan repetidamente a esos tiempos pasados... que, en su opinión, fueron ciertamente mejores. Hay también inquietud en algunos que perciben una crisis moral y un relativismo exagerado en muchos y muchas cristianas, y manifiestan repetidamente su preocupación por la ruptura que parece estar dándose entre su fe y su vida.

Este nuevo número de *Sal Terrae* tiene quizá más en cuenta este último grupo de mensajes. Más en particular, a los sujetos activos a los que ellos se refieren, los cuales, como se señala en las primeras líneas de esta introducción, son conscientes de lo importante que es buscar y encontrar el modo adecuado de seguir a Jesucristo Resucitado en un mundo multicultural, en un mundo cambiante y complejo, en un mundo que sigue haciéndose y comprendiéndose, en un mundo con ricas y variadas creencias y convicciones.

Se trata de un número que no pretende ofrecer verdades absolutas o definitivas; pero que sí parte de una *certeza absoluta:* hay ciertamente en nuestra sociedad actual seguidores de Jesús que viven una vida cristiana caracterizada por la fe, la esperanza y la caridad. Y la viven en este mundo lleno de posibilidades, límites y ambigüedades, al que quieren y aprecian como criatura de la divinidad, y en el que se encuentran insertos por medio de actividades y trabajos diversos. Recordando la etimología del adjetivo «anónimo» (como aparece ya en textos de la literatura griega, «anónimo» es aquel que no se da tanto a conocer, que no es, diríamos nosotros hoy, ni muy *famoso* ni *conocido*), ellos pueden ser llamados o considerados «anónimos cristianos».

Es precisamente la vida y la espiritualidad de cuatro *anónimos cristianos* de nuestra sociedad española, Inmaculada Soler Giménez, José Ignacio García Jiménez, Luis Alberto Rodríguez de Rivera Alemán y Almudena Egea Zerolo, la que recorre muchas de las páginas que siguen a continuación.

Sal Terrae les ha pedido que desarrollen los rasgos que configuran su espiritualidad y los medios que les ayudan a vivirla. Igualmente, que

hagan partícipes a los/as lectores/as de la revista del sano y adecuado optimismo que atraviesa sus vidas.

No parece exagerado decir que los cuatro autores mencionados son cristianos que buscan y aman la fe, la esperanza y la caridad, y que consideran central e importante en su vida diaria buscar y seguir a Jesucristo muerto y resucitado. Una búsqueda y un seguimiento para el que no buscan la fama ni la gloria personal, para el que no encuentran en muchas ocasiones un ambiente favorable para vivir como quieren vivir, y que, sin embargo, intentan realizar en contacto con otras muchas personas con las que conviven en ámbitos y situaciones diversas. Seguimiento y búsqueda que intentan vivir sin pedir ni exigir privilegios especiales, sin preocuparse especialmente de hacerse visibles, sino sobre todo de hacer posible que el mensaje que ellos reciben (que el amor de Dios hacia el ser humano ha abrazado en plenitud a la dolorida humanidad) llegue a diversos rincones de nuestra sociedad.

Tampoco parece exagerado recordar unas recientes palabras de Benedicto XVI y decir de ellos que «nos ofrecen el gran *sí* que en Jesucristo Dios dice al hombre y a su vida, al amor humano, a nuestra libertad y a nuestra inteligencia». En particular, si se tienen en cuenta las reflexiones que hacen en torno a fundamentos de la vida y la fe cristianas: sentido de la muerte y la resurrección, de la gracia y la vida recibidas; valor de la formación personal y comunitaria y del discernimiento; importancia de aprender a decidir; sufrimiento porque la iglesia cristiana no escucha las angustias de las personas y está lejos de los pobres; valor sacramental de la amistad; gusto por festejar la vida cotidiana y crear espacios de vida; vida en el amor de Dios y la libertad personal...

Inmaculada Soler, José Ignacio García, Luis Alberto Rodríguez de Rivera y *Almudena Egea* nos recuerdan, pues, que vivimos un tiempo de esperanza. Ellos son ciertamente testigos del misterio de Navidad, que acabamos de celebrar hace unas semanas. Son, además, mensajeros de una buena noticia, que no conduce ni al desánimo ni a la frustración, sino que manifiesta, ante todo, que en muchas personas de nuestro mundo hay en verdad una buena y estrecha relación entre vida y fe.

ST 95 (2007) 109-119

ESTUDIOS

Caminar a la intemperie

Inmaculada SOLER GIMÉNEZ*

> «No es por la manera en que un hombre habla de Dios, sino por la manera en que habla de las cosas terrenales, como mejor se puede discernir si su alma ha pasado por el fuego del amor de Dios. Ahí ningún disimulo es posible...»
>
> (SIMONE WEIL)

Compartir lo que se vive, lo recibido, sin más, porque no me pertenece, es el único motivo que me ha llevado a aceptar escribir estas líneas. Hoy me toca a mí; otro día puedes ser tú, cristiano y cristiana en camino, como yo, que has bebido de la reflexión teológica de otros y otras y no tienes palabras para expresar cuánto les debes...

Tengo 33 años y me siento en la plenitud de la vida, agradecida, profundamente agradecida: ¡he recibido tanto...! Cuando releo mi vida, tengo la sensación de haber vivido mucho, con intensidad, con pasión. Quizá no sé vivir de otra forma. Me han amado mucho y he amado mucho. Me he gastado a veces hasta el riesgo de romperme, y he experimentado, ¡cómo no!, mi impotencia, mi propia pequeñez y pecado.

Vivo desde hace 16 años en la Comunidad «Villa Teresita», junto a mujeres que han sufrido situaciones de pobreza y exclusión: prostitución, malos tratos, cárcel, droga... Compartiendo en comunidad casa, pan, luchas y vida con ellas. Saliendo a los barrios de prostitución,

* De la Comunidad «Villa Teresita». Diplomada en Trabajo Social. Madrid. <inmasolerg@yahoo.es>.

parques, calles, cárcel, hospitales... para entretejer relaciones de amistad y liberación. Ése ha sido mi lugar, el que me ha ido configurando como creyente y como mujer.

«Seducida, arrastrada, llevada por su mano»

Siempre fui una mujer inquieta, buscadora, reflexiva. Crecí en un entorno rural, en un pequeño pueblo del sur de Valencia. Allí siguen viviendo mis hermanos y mis padres, a los que tanto quiero y de los que tanto he aprendido. Una de mis primeras opciones como cristiana fue estudiar teología. Con apenas 16 años, aquello supuso un conflicto abierto con mi entorno y conmigo misma. Empezaba a experimentar una fuerza mayor que yo (más tarde comprendí que Alguien se había empeñado en entablar una relación de amor conmigo y utilizó todos lo medios posibles para conseguirme). Por aquel entonces, el Evangelio se me volvió una «faca afilada», un fuego que me quemaba por dentro, que me incomodaba y revolucionaba mi vida. Fueron mis primeros encuentros con el Evangelio como Palabra viva, con autoridad sobre mi vida. Apenas tenía acceso a librerías y devoraba los escasos libros religiosos que llegaban a mis manos a través del cura de mi pueblo. Las figuras de algunos santos, sobre todo San Francisco de Asís; las homilías; el grupo de confirmación; y las letras de algunas canciones cristianas... avivaban mis ideales. Pero fue sobre todo Jesús de Nazaret, la relación con Él y el intento pequeño y progresivo de ir llevando a la práctica lo que su Palabra me decía, lo que fue complicando y transformando mi vida y mi futuro (y también las expectativas que tenían sobre mí los que me rodeaban). Aquéllos fueron años de compromiso en mi parroquia, de aprender a amar a la Iglesia y sentirme parte de ella, de crecer en la fe en un entorno popular y tradicional, en el que cada vez experimentaba más la soledad y falta de respuesta a las cuestiones que me planteaba. La vida bullía por mis adentros. La conciencia militante y testimonial me llevaba a aprovechar cualquier oportunidad para expresar mi fe e inquietar a quien tenía enfrente. Manifestar mi deseo de estudiar teología, en un instituto público de ambiente bastante anticlerical. no sólo conllevó una cierta incomprensión, sino una posibilidad de provocación, debate y diálogo con compañeros y profesores. Mis deseos de cercanía al mundo de los pobres, a los que inevi-

tablemente me llevaba el Evangelio, fueron creando una progresiva sensibilidad hacia las situaciones de sufrimiento e injusticia y una afinidad connatural con los interrogantes que planteaba a la Iglesia y al mundo la teología de la liberación. Ella, más por intuición que por saber, y la presencia de tantos cristianos y cristianas al lado de los pobres, que llegaban a mi a través de los periódicos y la televisión (tenía unos radares especiales para captar cualquier noticia, película o documental que me hablasen de Dios, de los pobres, los misioneros, los que entregan su vida...), suponían compañía y aliento.

Poco a poco, sin saberlo, Él me iba preparando y disponiendo para acoger Su Voluntad, su Plan. Rezar el Padre Nuestro me iba ensanchando por dentro, aumentado en mí la conciencia de fraternidad, de ser hermana de todos, especialmente de los empobrecidos, y también la certeza de que mi vida como cristiana se jugaba en estar dispuesta o no a hacer su voluntad. Pensaba para mis adentros: «si intuyo lo que Dios quiere de mí y no estoy dispuesta a decirle que sí, tendré que dejar de rezar el Padre Nuestro...».

Una noche, estando en la cama dándole vueltas a mi futuro, al igual que hace un niño cuando piensa qué será de mayor, sentí que Él, casi sin pedir permiso, irrumpía en mi habitación y en mi vida pidiéndolo todo. Después de pelear y llorar, no pude hacer otra cosa que rendirme a Su Amor. Acababa de cumplir 17 años y para entender lo acontecido no tenía otras claves que los relatos vocacionales, de los que estaba empapada: Abrahán, Moisés, Jeremías, los apóstoles, María de Nazaret...

Al día siguiente, busqué a alguien que me pudiese acompañar, que me ayudase a discernir, pero no lo encontré. Pasaron meses hasta que conocí al delegado diocesano de vocaciones. Él confirmó y alentó mi inquietud vocacional y me habló por primera vez de la Comunidad «Villa Teresita».

«Donde tú vivas, viviré yo» (Rt 1,16)

Algo así resonaba en mis adentros cuando conocí el barrio Chino de Valencia y, en él, la presencia de «Villa Teresita».

Me adentré descalzándome, de la mano de una hermana de comunidad, sabedora de pisar tierra sagrada, tierra de sufrimientos y cruz, tierra preñada también de resurrección. El barrio era un ghetto, un lu-

gar que se rodea para no atravesarlo. Lugar de pobreza, de la que huele mal: en aquellos años las calles desprendían un fuerte olor a miseria concentrada, y también a impureza y pecado para cualquier «bien pensante». Mujeres de todas las edades, de labios pintados y mirada triste, que vendían su cuerpo por muy poco dinero, con historias de sufrimiento y palos a sus espaldas, hijos que mantener y dignidad pisoteada. Personas sin hogar, en su mayoría hombres, desarraigados, sin horizontes, con el cartón de vino o la cerveza al lado. Transexuales que ejercían la prostitución de noche y se sentían arropadas en aquel entorno. Chicos y chicas toxicómanos, desaliñados, deambulando como cadáveres buscando una dosis para calmarse; enfermos de SIDA en su mayoría (en diez años, el SIDA mató a casi todos los que conocía, y ninguno pasaba de los 35...); chavales que entraban y salían de la cárcel como lo más normal, como único futuro; niñas que quedaban muy pronto embarazadas; niños que se pasaban el día en la calle...

Recuerdo «mi primer beso» (al igual que el encuentro de Francisco de Asís). Se llamaba Nicolás. Era un cadáver andante. Apenas llegamos a conocernos, porque murió a los pocos días. Besarle a él era besar a todos lo leprosos, a todos los despreciados... «ante quienes se vuelve el rostro» (Is 53).

Su vida y la de tantos otros iban quedando vinculadas a la mía. Entré en la comunidad de «Villa Teresita». No quería estar de paso o ser voluntaria. Quería plantar allí mi vida y mi tienda. Me sentía empujada a ello.

Encarnación. Hablar desde un lugar, con el corazón lleno de nombres. Intentar no dejar a nadie fuera. Abajarme, descender para poder hacerme hermana de los últimos, los que quedan fuera, los no amados...: que ellos y ellas me puedan percibir así. Dejarme acoger, abrazar, afectar por el otro, aprender y educar la mirada, la sensibilidad para no escandalizar a los pequeños. Salir a su encuentro fuera del campamento (Heb 13,12), caminar por terrenos no pisados, en la frontera, mezclarme en las calles, sentarme en una esquina a charlar en lugares donde sé que me «confunden» (sentir sobre mí, la mirada enjuiciadora y también devoradora de algunos hombres que se creen con derecho a comprarte y reducirte a objeto de placer, de consumo). Cuidar cualquier destello de vida que intente emerger en medio del abatimiento y la oscuridad. No apagar el pábilo vaciante ni quebrar la caña cascada. Acoger. Dejarme habitar. Compartir sus gustos, escuchar risas y llan-

tos, historias, confidencias, pequeñas alegrías que llegan de otros lugares (hijos que crecen, que estudian, que sueñan...). Acompañar. Aprender a esperar, respetar ritmos, tiempos, procesos distintos de los nuestros. Ayudar a ponerse en pie, reivindicar dignidades y derechos, denunciar, reconstruir. Confiar en que el Reino de Dios se gesta desde dentro y desde abajo y crece en lo escondido, en fragilidad y pobreza, en los pesebres de nuestras ciudades.

El lugar nos configura (si nos dejamos). La vida cotidiana junto a las chicas, trabajo, comida, ilusiones y desesperanzas, proyectos, luchas, domingos y sábados por la noche, el intento de hacerse familia de los que no la tienen...: todo eso configura.

El *desde dónde* es importante. En este «humus» he bebido y me he empapado de teología: clases, libros, conferencias, cursos... ¡Me sería difícil expresar cuánto debo a la reflexión teológica recibida de otros...! He ido estudiando teología en itinerancia, como itinerante ha sido mi vida: Madrid, Valencia, Las Palmas de Gran Canaria, y de nuevo Madrid: destinos a los que he sido enviada por mi comunidad. He vivido siempre el estudio como un servicio y un privilegio; ¡cuántos hombres y mujeres, sobre todo mujeres, desearían estudiar teología y no pueden o no se les deja...! He intentado no desligar el estudio de la vida, de lo que se cuece en la calle. El Trabajo Social me ha ayudado a ello.

«El Señor me ha dado hermanas»

Todo lo he vivido en comunidad, junto a otras compañeras que me precedieron y me acogieron en esta familia religiosa. El Instituto de Vida Consagrada «Villa Teresita» nació en 1942 en Pamplona, de la mano de una mujer, Isabel Garbayo. Ella se atrevió a entablar relaciones de amistad con mujeres prostituidas y buscar alternativas a su situación de exclusión. Ella, al igual que Jesús, vivió la incomprensión de andar en «malas compañías»: relacionarse con ellas, estar a su lado en lugares públicos, comer en la misma mesa, compartir casa... la llevó a caminar contra corriente, perder «amistades» y ser considerada una «idealista», una «loca». Su sensibilidad hacia las situaciones de injusticia y sufrimiento, el deseo de abrir cauces de liberación y su búsqueda de la voluntad de Dios hicieron brotar, contra todo pronóstico de continuidad, la primera comunidad y casa de acogida, la andadura de un grupo de mujeres consagradas a Dios y a los más pobres.

En esta familia he crecido. He aprendido a celebrar la vida, valorar lo pequeño, leer el paso de Dios en la historia y educar la mirada y el corazón.

Escuchar juntas la Palabra de Dios, sentirnos convocadas por Él, compartir la oración cotidiana, el rezo de laudes y vísperas uniéndonos a toda la Iglesia, la intercesión por tantos crucificados y también el agradecimiento por los signos de vida, bondad y resurrección que palpamos a nuestro alrededor. Celebrar cada día la eucaristía, la vida entregada del Señor Jesús, y, comiéndolo, hacernos comida para tantos hambrientos de este mundo.

Aprender a vivirnos como hermanas y hermanos. Estar cerca y hacernos cercanas. Padecer la impotencia. Buscar juntas. Liberar. No ser impasible ni indiferente ante su propia autodestrucción, ante su camino hacia la muerte: «estar ahí como si fuese alguien de los míos». Si esa chica que está en la esquina rota, prostituida, fuera mi hermana, si ese chico que pide por la calle fuera mi hermano, si me lo creyese y lo sintiera así de verdad, ¿reaccionaría de la misma forma? Soportar la pregunta «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4,9)

Vivir la Pascua, atravesar los viernes los misterios dolorosos en la cárcel de Alcalá-Meco o Soto del Real, en la calle Montera o Ballesta, en la Casa de Campo... Tráfico y mercado humano, sueños rotos: mujeres de países del Este vendidas, atrapadas por las mafias, a las que no nos podemos acercar porque están vigiladas; mujeres africanas que no tienen papeles ni hablan nuestra lengua, con deudas enormes que pagar a las traficantes que las trajeron; mujeres sudamericanas que mantienen a sus familias pobres en su país de origen (casa, colegio, medicamentos y operaciones, hijos, parientes...). Y la Vida brotando en medio y a través del dolor. Pasar el viernes, el sábado, soportar el silencio y esperar en comunidad, vigilantes, el domingo, el triunfo de la Vida.

Festejar la vida cotidiana, crear espacios de vida. Las sobremesas en casa junto a las chicas siempre me han parecido las comidas del Reino; sobre todo en Navidad, donde la familia se ensancha: comida para todos y todas, en una única mesa, fraternidad, mendigos, prostitutas, toxicómanos, transexuales, presos, enfermos mentales... sin etiquetas, con sus nombres propios, de todas las naciones y razas. Me recuerda el anticipo de ese festín que esperamos y anhelamos... (Is 25,6-9)

Alentar los pequeños logros: conseguir «los papeles», el primer sueldo, poder dormir sin miedo, ponerse la dentadura, recuperar la son-

risa, conseguir un permiso carcelario, dejarse abrazar, levantarse sin «mono», caminar sin miedo por la calle, una mirada que se ilumina, celebrar un cumpleaños... Ofrecer siempre nuevas oportunidades, al igual que hace Dios con nosotros, y entretejer relaciones de fraternidad, incondicionalidad, ternura y misericordia.

«Villa Teresita» me ha acercado a los grandes maestros de espiritualidad: Teresa del niño Jesús y de la Santa Faz, de quien reciben nombre nuestras casas (la centralidad del Amor; el abandono confiado en el Dios de la misericordia; la vida escondida; la importancia de lo pequeño y los pequeños); San Juan de la Cruz (sus poesías me han acercado al Amado y alumbrado en las «noches oscuras»); San Ignacio de Loyola (los *Ejercicios Espirituales* han sido una de las experiencias más fuertes de mi vida de fe, un tiempo privilegiado para el encuentro con Él, que se me regala cada año; buscar y hallar a Dios en todo; aprender el arte del discernimiento); Santa Teresa de Jesús, San Francisco... Y me ha acercado también a la historia concreta de santas y santos anónimos, de mujeres y hombres buenos que van dejando sabor de Dios a su paso.

El Señor me ha dado hermanas y también hermanos. Testigos que me preceden y han avivado mi fe, que me han acompañado en el camino de la vida: desde mi abuela, que me enseñó mis primeras oraciones y me acercó a María, la Madre de Dios, hasta el último teólogo. La reflexión teológica y filosófica me ha ayudado a adentrarme en la vida con toda su espesura, a atravesar mis propias crisis sin tomar atajos, a no construirme sistemas de orden y seguridad que me separen del otro... y del Otro. Ha creado en mí, como si de una matriz se tratara, la posibilidad de gestar y alumbrar lo cotidiano. Con ella, bajo el calor de otros buscadores y buscadoras, me he sentido acompañada en mis planteamientos y también en el intento de abrir nuevos caminos: en la relación con los empobrecidos, la situación de la mujer dentro de la Iglesia, el diálogo fe-cultura... De su mano me he ido adentrando en el conocimiento de un Amor Crucificado, de un Dios que habita nuestra historia y nuestra carne y que, a su vez, es Misterio.

Me es difícil imaginar cómo habría sido mi vocación, mi ser cristiana, sin la teología recibida. La fe de otros y otras me sostiene: bebo de la fe de la Iglesia. Una Iglesia a la que amo, que me duele (a veces tan lejos de los pobres) y de la que me siento miembro agradecida.

«Te doy gracias porque has revelado estas cosas a los pequeños» (Mt 10,21)

He saboreado y palpado el Evangelio en la vida («lo que existía en el principio, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplaron y palparon nuestras manos acerca de la Palabra de Vida»: 1 Jn 1,1). Soy testigo. He visto a viudas que entregaban su óbolo, todo lo que tenían para pasar el mes, sólo por compartir, por echar una mano, porque «semos familia». Mujeres que llevaban años postradas y encorvadas, que pedían a las puertas de las iglesias o de El Corte Inglés, y que se han puesto de pie (caminar con ellas por las calles era estar dispuesta a ser detenida continuamente y escuchar con alegría de labios de otros: «¿No eras tú la que pedía en la puerta...?», y reconocer el milagro). Gerasenos que gritaban y se autolesionaban, que habitaban en los cementerios, en los lugares de muerte, enganchados a la droga, y que ahora caminan por las calles vestidos y con palabra, disfrutando de la vida y del brazo de su novia. Madres de toxicómanos solas al pie de la cruz, de la cama de sus hijos rotos, cuando ellas mismas no se sostenían por el dolor y el cansancio de la vida. Detrás de cada uno hay nombres, rostros: Japo, Mª Carmen, Carlos (José Antonio), Toñi, Joy, Fran, Pesi...

Samaritanos y samaritanas que practican la misericordia anónima con los vecinos de su portal o de su calle, allí donde los sacerdotes y levitas pasan de largo. Inmigrantes sin papeles que son acogidos, desnudos que son vestidos, presos que son visitados, enfermos y ancianos que son cuidados (Mt 25).

Me he sentido enviada a anunciar la Buena Noticia, la liberación (Lc 4,18ss), y ellas y ellos me han humanizado y evangelizado.

¡Cuánto me han enseñado...! ¡Y cuántas veces, también, he salido a la calle, a la cárcel, al hospital... cansada, sin fuerzas, sólo porque me sentía empujada a anunciar un mensaje que no es mío, y he vuelto renovada, fortalecida, resucitada...! Recuerdo una mañana en el barrio chino de Valencia. Era temprano, y tenía clase de teología. Me había levantado triste, caminaba en tierras de penumbra, vislumbré por la calle, de lejos, a Fernando, sucio, lleno de heridas (también yo andaba herida), venía tambaleándose, seguramente no habría dormido en toda la noche, habría estado buscándose la vida y «poniéndose» (llevaba muchos años enganchado). Fernando estaba muy desquiciado, había pasa-

do los últimos quince años de su vida preso. Parecía que no me veía (yo estaba segura de que no me veía). De repente se acercó a mí, cogió con sus manos mi cara y me besó la frente «¡No quiero verte así!», me dijo, y siguió dando tumbos por la calle... ¡Cuántas veces ha salido Dios a mi encuentro a través de ellos...! ¡Cuántas veces me han sostenido...!

Da mucha alegría saber que los pequeños, los sufridos, los empobrecidos, tienen preferencia en el Reino; que las prostitutas y los publicanos nos preceden (creo que vamos a tener muchas amigas y amigos allá que nos abrirán las puertas...).

¡He sido perdonada y salvada por pura misericordia!, y no puedo más que agradecer.

Sumergirse en el mundo de los empobrecidos es reconocer que no tenemos derechos adquiridos sobre nada ni sobre nadie. Reconocer lo recibido gratis para darlo gratis, para poner todo en juego y hacer este mundo más habitable, más humano.

Nada de lo que nos parece obvio lo es para la mayor parte de las criaturas de este mundo. Estar viva y despertarme cada mañana (la esperanza media de vida en Swazilandia, un pequeño país de África minado por el SIDA, es de 32,6 años). Tener un techo, ducha caliente, comida cada día, una cama donde poder dormir tranquila, sin miedo a que nadie me agreda, poder leer y escribir, recibir asistencia sanitaria cuando no me encuentro bien, tener una familia, alguien que me escuche, me espere y le importe que siga viva, alguien que me ame...

Con María de Nazaret me alegro y canto la grandeza de un Dios que se revela y se complace en los pequeños. Que hace obras grandes, aunque es de noche. Millones de hijos e hijas de Dios andan a la deriva, víctimas del hambre, las guerras, las enfermedades, la miseria... Canto al Dios de la historia y Señor de la Vida, con la confianza de que el mal no tiene la última palabra. Espero un cielo nuevo y una tierra nueva (Ap 21) en que habite la justicia, sin muerte, ni llanto, ni gritos, ni fatiga. Y espero poniendo mi vida en juego, diciendo con temor y temblor. «Aquí estoy para hacer tu voluntad».

Buscar Su Voluntad ha sido el hilo conductor durante todos estos años, intentar responder a lo que intuyo que Dios quiere de mi.

«Aprendiendo a obedecer»

Darle paso a través de mi vida, de mi cuerpo, en este momento histórico que me ha tocado vivir. Consentir a lo que Él quiera.

Caminar a la intemperie, no buscar asegurarme provisiones, sólo pedir el pan de cada día, confiar como una niña pequeña. Dejarme sorprender. Vivir en discernimiento, acogiendo su Providencia. Alegrarme, con una alegría que se me regala y que nadie me puede quitar (Mt 16,22)

Cuidar la relación con Él. Dejarme habitar. Buscar tiempos de soledad y silencio, espacios y momentos de intimidad. Los necesito. Ni la teología ni nada sustituye al acto de fe, único, vital, el «cara a cara» con Dios.

Despertarme por las mañanas y ponerme de rodillas ante Su presencia. Acostarme por las noches descansando en Él mi vida entera y la de todas las personas a las que amo, también aquellas a las que debería amar más (preocupaciones, luchas, inquietudes, deseos...), confiada al saber que estoy en Sus manos y que Él lleva las riendas y transformará todo en bien y bondad, incluidas nuestras torpezas y pecados.

Estar vigilante, ser lúcida para no «adorar» a los dioses de este mundo, para no dejar que el neoliberalismo (para el que sobran tantas vidas y países enteros) se adueñe de mi estilo de vida y me atrofie el corazón.

Hacerme comestible. Eucaristía. Morir para que otros tengan vida. Pasar, al igual que Jesús, haciendo el bien.

Aprendiendo a obedecer. Aprendiendo a ser pobre, casta y obediente. Profeso votos desde hace 14 años, y sólo puedo decir que Su amor es un don inmerecido y que, en esta alianza nuestra, Él es fiel. Ésa es mi confianza. Poco a poco me va haciendo suya, y poco a poco Él va siendo más mi Señor y el amor de mi vida.

Tú pides,
pides siempre,
pides mucho,
Señor.
Lo pides todo.

Te gusta ir entrando, como un fuego,
vida adentro de aquellos que te aman
y abrasarles las horas, los derechos, el juicio.
Tú haces los eunucos y los locos del Reino.
Abusas del amor
de los que son capaces
de abusar de tu Amor...
Delante de tu Gloria. Amor celoso,
no hay más gesto posible que descalzar el alma.
Tú eres. Tú nos haces.
Calcinándonos,
El Viento de tus llamas nos liberta.
Tú nos amas primero, en todo caso.

(PEDRO CASALDÁLIGA)

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

JOSÉ. I. GONZÁLEZ FAUS
Adiestrar la Libertad.
Meditaciones de los Ejercicios de San Ignacio
232 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 12,00 €

Los *Ejercicios* de San Ignacio, intensamente cristológicos, pretenden facilitar un profundo encuentro con Dios, del que brota una sorprendente maduración de la libertad humana. Pero ese encuentro no se produce al margen de la realidad, sino en medio de las profundas experiencias que marcan nuestra vida. Por eso, lo que los Ejercicios buscan es capacitar para «encontrar a Dios en todas las cosas». Ello implica, además, adiestrarse en los caminos de la acción de Dios y en los resortes y mecanismos del psiquismo propio: todo eso que san Ignacio gustaba denominar «conocimiento interno».

ST 95 (2007) 121-131

Sostenido por su amor y por mi libertad

José Ignacio García Jiménez, sj*

De las cosas que más te impresionan cuando escuchas alguna de las presentaciones de los miembros de Alcohólicos Anónimos, es la convicción con que empiezan sus intervenciones: «Me llamo Fernando, y soy alcohólico». El silencio y la atención están garantizados, probablemente porque no debe de haber nada más convincente que una confesión sincera. Y más aún cuando se confiesa una enfermedad o dicha dependencia.

Si ante ese mismo auditorio nos presentamos usted o yo y comenzamos diciendo: «Me llamo José Ignacio y soy cristiano», probablemente el efecto sería muy distinto. Y si, encima, digo que soy cura, quizá ya no tendré mucho más que decir. Y es que, efectivamente, las confesiones de fe no están de moda, o por lo menos no forman parte de nuestro modo habitual de evangelización. Nadie va a dudar de que un cura sea cristiano, pero lo que hoy no resulta relevante es ser cura, y tampoco es mucho más relevante el ser cristiano. El testimonio de fe para nuestro tiempo necesita no sólo de declaraciones, sino probablemente de algo más complejo que abarca, por supuesto, lo que creemos, pero también lo que hacemos, cómo nos acercamos, cómo nos ven y el tipo de relaciones que podemos establecer. Comienzo, pues, declarándome cristiano-anónimo y voy a tratar de dar testimonio de mi esperanza.

* Profesor en la Escuela de Ingeniería Técnica Agrícola INEA. Valladolid. <jignacio@inea.uva.es>.

«Y procure tener ante los ojos mientras viva, primero a Dios, y luego el modo de ser de su Instituto»
(De la *Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús* [1550])

Estoy ordenado desde hace ocho años, y soy jesuita desde hace veintitrés. He crecido dentro de la Compañía de Jesús, porque entré con 19 años. Eso quiere decir que lo que haya podido madurar, en sus múltiples facetas, lo he hecho dentro una congregación religiosa. Este dato se me antoja relevante, porque me parece indudable que mi forma de ver el mundo está marcada, y de un modo decisivo, por aquella decisión juvenil.

Con el paso de los años, y ante este ejercicio de introspección, tengo que reconocer que estoy profundamente agradecido a esta «tradición viva»", en la que he ido creciendo a la vida en sus múltiples dimensiones. No sé si sería mejor o peor persona si no fuese jesuita: eso es claramente historia-ficción; el hecho es que yo me vivo contento. Y comprendo el riesgo que tienen algunas afirmaciones, pues en este momento no se espera, desde la psicología, mi felicidad, sino que sea una persona madura, o integrada, capaz de gestionar mis limitaciones, asumir mis fracasos y alegrarme (un poco, al menos) con los éxitos con los que uno se va topando.

Desde la sociología ciudadana, ello es todavía más complicado, porque nadie espera del religioso que sea feliz. Si lo dices, tienes que poner una cara lo suficientemente angelical como para que no se lo crea nadie. En el fondo, está asumido que, si estamos aquí, es porque no somos capaces de afrontar la «vida real». ¡Como si la vida pudiera ser otra cosa que real! Y ya no digo nada de los medios de comunicación: ésos sí que están convencidos de que somos raros o tontos, o las dos cosas. Basta con ver las series de televisión y el papel que jugamos los hombres y mujeres de Iglesia en ellas.

La teología tampoco se siente muy cómoda con afirmaciones sobre la felicidad (no he dicho nada de la «autorrealización», no). La teología de la vida religiosa espera de nosotros que nos vivamos en obediencia, enviados al mundo, como el Hijo asume la condición humana hasta las últimas consecuencias. No es nuestra felicidad la que debe primar, sino la voluntad de Dios la que debe reinar hasta las últimas consecuencias. En ello estamos, desde luego, pues cuando me describo feliz no quiero decir que me invada un sentimiento de autocompla-

cencia. Al contrario, siento que trato de que mi vida se mueva en esa complicada sintonía con el reino de Dios (pero eso tampoco quiere decir que viva amargado). ¡De ninguna manera!

Siendo ya novicio de segundo año, mi madre conoció a uno de mis compañeros. Se quedó muy escandalizada tras la conversación que tuvo con él, porque éste, hablando de algo que ahora no recuerdo, afirmó tajante: «Yo no he entrado en la Compañía de Jesús para sufrir». A mi madre le debió de sentar todavía peor que yo diera la razón a mi compañero, pero es que yo tampoco había entrado para sufrir. Tengo muy poco de masoquista, prácticamente nada. Comprendo que no he entrado en la vida religiosa para seguir una vida placentera. Pero entre eso y sufrir hay mucho recorrido. Entiendo que asumir las cargas es imprescindible en la vida, también en la de los religiosos; y muchas de esas cargas no nos las buscamos, nos vienen. Pero esas cargas no nos justifican; forman parte del peregrinar, como en cualquier ser humano, y no son las que sostienen nuestro caminar.

Comenzar por el agradecimiento me parece de justicia. No se trata de hacer inventario de experiencias positivas o negativas: el saldo es tan tremendamente positivo que deja en ridículo todo lo demás. Se me ha pedido un ejercicio de sinceridad, y puedo asegurar que dar gracias por todo lo que he recibido no resulta nada forzado; al contrario, brota con fuerza.

Durante los años de formación he recibido apoyo de personas preparadas en psicología y en acompañamiento personal. He trabajado en tareas pastorales en el medio rural, con jóvenes de Valladolid y de Madrid, con universitarios y profesionales jóvenes. He podido vivir y trabajar en África durante dos años al servicio de los refugiados de Mozambique. He vivido con compañeros de distintas nacionalidades, participado en encuentros y jornadas de todo tipo. ¿Y cómo no dar gracias por la formación intelectual que he recibido? He estudiado filosofía, administración de empresas, teología, idiomas, cursos de especialización en distintas materias de economía; me he formado en el uso de los medios de comunicación, en nuevas tecnologías... ¡hasta mecanografía! Desde hace años, puedo escribir a máquina usando todos los dedos. ¿Cómo no estar agradecido por todo ello? La vida religiosa es una vía excelente, y privilegiada, para el crecimiento personal.

Siempre me ha admirado el hecho de que un día podía estar comiendo con un misionero en la India; que otro día venía un compañe-

ro que estaba en Honduras; más tarde, jesuitas que trabajaban con y como obreros (del grupo Misión Obrera), o un jesuita profesor de teología en Roma, u otros dedicados a los medios de comunicación o a la pastoral de colegios... ¿Quién puede recibir tantos y tan preciosos testimonios de vida? Cuestiones que a los diecinueve años te suenan lejanas se van haciendo próximas. Preguntas por el sentido de la vida propia y la ajena, por las relaciones entre las personas, por las relaciones entre los pueblos. Preguntas por la justicia, la paz, la verdad. Preguntas que encontraron, y encuentran, respuesta en tantas personas como vamos conociendo en este recorrido.

Es posible que haya temas para los que no estemos tan preparados; por ejemplo, para la toma de decisiones en ámbitos más profesionalizados o de gerencia. Es verdad que, en general, no nos hemos preparado para esas actividades, pero también es cierto que un día te das cuenta, aunque no lo quieras, y desde luego no lo hayas pretendido nunca, de que formas parte de la «patronal». En los centros educativos, en muchas de nuestras obras, trabajamos con seglares sobre los que tenemos responsabilidades, empezando por las legales y siguiendo por las de liderazgo. No todos tenemos esas responsabilidades, o no de la misma forma, pero están también en nuestro horizonte como posibilidad.

Actualmente, mi misión gira en torno a una escuela de ingeniería técnica agrícola. Este destino me permite dedicarme a una de las cosas que más me atraen: el mundo de la economía y de las organizaciones. Las relaciones económicas condicionan, por decirlo suavemente, la vida de todas las personas. Igualmente el mundo de la empresa es atrayente porque en ellas pasamos buena parte de nuestra vida y empleamos muchas de nuestras mejores cualidades. Visto en otra perspectiva, las relaciones económicas nos ayudan a comprender las situaciones de injusticia que padecen la mayor parte de los seres humanos y el papel que juegan los distintos personajes (gobiernos, empresas...) en este mundo estigmatizado por la desigualdad injusta.

Además, este destino me ha permitido tomar conciencia de la importancia que tiene el concepto de *sostenibilidad* como clave para articular muchas de las cuestiones éticas del futuro, me ha acercado al medio rural, tan imprescindible como poco valorado, y he descubierto nuevos mundos como el de la alimentación, la gestión de los recursos naturales, el bienestar animal o los transgénicos: el sorprendente mundo de lo creado y de la acción del ser humano sobre él.

Soy asistente de comunidades cristianas de laicos, acompaño a sacerdotes, religiosos y seglares. Celebro la eucaristía en mi comunidad, o cuando asisto a comunidades de religiosas, o en algunos pueblos cercanos a Valladolid. Y hace unas semanas, me entregaron una cartulina plastificada que acredita que soy voluntario de una ONG jesuita: «Entreculturas». Me encantó: nunca había tenido un carnet que me declarase voluntario de algo, y me fascina sentirme voluntario (guiado por la voluntad).

Vosotros habéis sido llamados a la libertad (*Gálatas 5,13*)

Uno de los aspectos que más me ayudaron en mi discernimiento vocacional, y probablemente una de las claves que más me acompañan en mi vida cristiana, es la *libertad.*

En este caso, el orden de los factores sí es importante, incluso fundamental. La iniciativa de Dios (*Él nos amó primero:* 1 Jn 4,10) es el comienzo de todo lo creado, de todo lo que existe, su amor hace posible todo lo que es. También mi vida. Esta iniciativa de Dios se va haciendo concreta en mi vida con el paso del tiempo, se desvela a medida que vamos recorriendo la propia existencia. En mi caso, y como ya comenté, esta iniciativa de Dios me movió a ingresar en la Compañía de Jesús. Así he leído siempre aquellos momentos, y así los he seguido leyendo durante estos años: Dios me ha llamado para este tipo de vida. No es una cuestión de cualidades o de una especial elección, si por «especial» se entiende que puedo ser mejor que nadie; es cuestión de descubrirme invitado. Y, por mi parte, he aceptado esa invitación.

He aceptado libremente la voluntad de Dios. No quisiera reducir en nada la iniciativa de Dios, pues sólo su amor me hace capaz de volverme hacia Él con toda mi persona. Pero sí quiero afirmar que me sentí libre para abrazar esta forma de vida. *Que quiero y deseo* esta manera de vivir. Al comienzo, ésta fue tan sólo una intuición que me ayudó a sentirme responsable de lo que quería hacer, a descartar que lo hacía movido por presiones o por influencia de otros. Por supuesto que el testimonio de otros jesuitas me conmovía, pero necesitaba sentir que estaba allí porque Dios me llamaba, y también porque yo quería. Mi libertad estaba intacta y podía comprometerse con quien yo quisiera. Y la causa del Reino de Jesús me parecía apasionante.

En el decreto *Perfectae Caritatis* se recuerda que «la última norma de la vida religiosa es el seguimiento de Cristo, tal como lo propone el Evangelio». Mucha de la teología de la vida religiosa postconciliar desarrolló esa categoría del *seguimiento* como clave para los institutos de vida consagrada. Por supuesto que es una categoría que comparten todos los cristianos; en seguir a Cristo como lo propone el Evangelio no tenemos que ser distintos de ningún bautizado. Lo que necesitamos es dar forma a ese seguimiento en estructuras comunitarias estables que, iluminadas por el carisma de nuestros fundadores/as y la tradición de nuestras congregaciones, nos permitan responder a los retos de hoy.

La categoría de *seguimiento* ha iluminado mi intuición y experiencia vital de la *libertad.* La vocación a la vida religiosa se convierte para mí en un ejercicio radical de mi *libertad,* decido seguir al Señor que me llama, y para ello pido ser admitido en la Compañía de Jesús. Tal vez parezca un recorrido corto para la libertad: entre la llamada de Dios y la aceptación de una orden religiosa. Pero siempre me ha parecido una distancia enorme, casi infinita, que sólo podía cubrirse con mi deseo más profundo, más radical.

Concebir la vida cristiana como *seguimiento* no reduce en nada la iniciativa divina; al contrario, la presenta en toda su fuerza y, al mismo tiempo, nos devuelve al ámbito de la propia responsabilidad. No te anula, te devuelve a todas tus posibilidades, a todas tus capacidades. Frente a visiones que presentan la vida cristiana, y mucho más la religiosa, como un factor reductor o limitador de la persona, el seguimiento de Jesús deja entera a la persona (en lo que puedes y en lo que no), y además no te deja solo. El amor verdadero consigue superar la aparente contradicción entre el respeto total al otro y la unión más profunda con él. En el fondo, se trata de descubrir toda la potencia no posesiva del amor; o, dicho de otra manera, muchas veces no experimentamos la plena libertad del seguimiento porque tratamos de poseer a Dios, tratamos de someterlo a nuestras categorías o circunstancias.

Este ejercicio de la libertad me ha ayudado muchísimo para afrontar decisiones y momentos de duda. No para desconfiar de Dios (al contrario: con el tiempo, uno se fía cada vez más de Él), sino para confiar en mí. Para sentir de un modo profundo que así es como yo quiero vivir, que he elegido esta forma de vivir, comprometido en el seguimiento del Señor como nos enseña el Evangelio. A leer el Evangelio me ayudarán mi congregación y tantos compañeros y compañeras de camino.

Hemos escapado como un pájaro de la trampa del cazador (*Salmo 123*)

Experimentar el perdón de Dios es imprescindible para ese seguimiento del que hablaba antes. Y, parafraseando a San Pablo, no es que ya lo haya conseguido; yo sigo corriendo mi carrera. Especialmente en los últimos tiempos, esta experiencia se ha hecho más acuciante. Buscar el perdón, pedir el perdón. Para poder volar de nuevo, para poder continuar, sostenido por su amor y por mi libertad.

En esa práctica de la libertad no todo son aciertos; en ocasiones ha habido fracasos, errores... y también pecado. Los fracasos tienen que ver con circunstancias no totalmente controladas, apuestas que no dieron su fruto, decisiones ingenuas, fallos de cálculo...: tantas cosas que se han ido malogrando por el camino y que no dependían del todo de mí. También de mí, pero no sólo.

Los errores sí han sido totalmente voluntarios. Son esas opciones en las que no he valorado suficientemente las consecuencias; por precipitación o por sobrevalorar mis posibilidades. Los errores son totalmente míos, desde que se planean hasta que se frustran. En los errores ves comprometido tu orgullo, tu amor propio o determinadas capacidades que han resultado insuficientes para afrontar algunos retos que la vida te presenta. En los errores, a veces, causas daño a otros. Aunque ésta no era la intención, puede ser un terrible daño colateral; pero el error no quiere hacer daño a nadie.

El fracaso o el error necesitan de otras medicinas de Dios más suaves: la fortaleza, la serenidad o el valor. Pero el pecado necesita del perdón. El pecado es perverso, busca las zonas menos libres de mí, aquellas que más necesitan el reconocimiento de los otros, el afecto más egoísta, la posesión que somete. Allí donde necesito proteger mi imagen u ocultar mi verdad porque me resulta insoportable. El pecado es directamente dañino. Aquí el objetivo es someter, vencer, aunque se presente con rostro amable o incluso como gran amigo.

Es en el mundo afectivo, en mis relaciones personales, donde más veces he recorrido la espiral del fracaso, el error y el pecado. O, por lo menos, donde soy más consciente de haberlo hecho. Por eso es tan importante el perdón, porque no puedo escapar solo de esa situación. No hay fuerza humana que te devuelva la dignidad perdida. Por muy sensatas o cariñosas que puedan ser las palabras que escuche, necesito sentir que puedo ponerme en pie, y para ello necesito sentir que es Él

nuevamente quien me llama a seguirle. Ahora más humilde, más humillado que antes. El Cristo que nos muestran los Evangelios para seguir es, precisamente, un Cristo pobre y humilde.

El apostolado es la amistad (*Egide Van Broeckhoven*)

En el noviciado leíamos en fotocopias el libro *Diario de la amistad,* de Egide Van Broeckhoven[1]. La edición estaba agotada; de hecho, sólo he visto el libro publicado una vez. A mí me lo pasó un amigo y compañero: Carlos Arias. En cierto modo, se convirtió en uno de los *best-sellers* de nuestras lecturas de ese tiempo. Egide van Broeckhoven es un jesuita belga que muere a los treinta y cuatro años, aplastado por unas planchas de acero, cuando trabajaba en un taller. Durante diez años fue haciendo anotaciones espirituales en unos cuadernos. El *Diario de la amistad* es una selección de dichas anotaciones.

Fue un descubrimiento enorme que me ha acompañado desde entonces. Tiene todo el encanto de una mística encarnada. Se trata de un joven jesuita que trabaja como cura obrero y que va desentrañando que en el núcleo de su ministerio está la amistad. «El apostolado es la amistad», dirá; para reconocer a continuación que no es un camino fácil, pues «existen límites y dificultades» entre los amigos. «Pero el apostolado, al penetrar en profundidad, vence, ya que es un primer paso que ha dado el cielo. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Es el cielo».

Para mí fue, y es, una auténtica revolución. Al comienzo, se trataba de superar todo lo que hay de inmaduro en las relaciones; se trataba de buscar un cierto equilibrio, asegurar la reciprocidad, buscar incluso la generosidad en las relaciones. El testimonio de Broeckhoven ha impulsado un modo nuevo, cargado de sentido y densidad, de vivir la fe y mis relaciones. No son dos mundos separados, menos aún dos mundos estancos; tampoco es la satisfacción de una necesidad, y menos aún la justificación para buscar y mantener amigos.

Se trata de haber encontrado en el otro un lugar privilegiado para el encuentro con el Otro. Básicamente, el *lugar.* No se trata de una vi-

1. E. VAN BROECKHOVEN, *Diario de la amistad,* Narcea, Madrid 1973. En este apartado se recogen diversas citas de dicho libro (entrecomilladas), tomadas de las páginas 46-47, 67, 69.

sión utilitarista de mis amigos, como si el acercarme a ellos y compartir lo que soy me estuviera abriendo a Dios. Se trata de ir descubriendo que el encuentro no es una oportunidad, sino que es ya el lugar en el que Dios se hace presente. Broeckhoven me ayudó a descubrir el valor sacramental de la amistad.

Un peligro es pretender convertir en ídolo la amistad, tratar de protegerla, de aislarla del resto de la vida, de hacerla exclusiva. En ese caso, este modo de vivir la amistad recibiría la misma crítica que las desviaciones religiosas que conducen al fanatismo o al aislamiento de la realidad. No se trata de sustituir a Dios por la amistad. Cuando esto ocurre, queda afectada por todos los errores de la idolatría. En primer lugar, no es liberadora, no permite que sujetos libres se encuentren, sino que va tejiendo redes de dependencia. En segundo lugar, empuja al aislamiento, va haciéndose el centro de la vida cuando a lo que lleva el seguimiento de Jesucristo es al descentramiento. Y, por último, termina por asfixiar la propia amistad y sus posibilidades. La idolatría de la amistad es autodestructiva, como tantas desviaciones del Dios de la vida.

Esta sacramentalidad de la amistad es extensiva, es decir, no trata de forjar amistades especiales, idealizadas sino de dotar de mayor profundidad a todas las relaciones, como dice Broeckhoven: «No tiene demasiada importancia el preguntarse cómo y cuándo hay que dirigirse a los hombres; lo importante es dirigirse a ellos, por imperfectos o maduros que sean nuestros pasos». No se trata de tener el amigo del alma, sino de poner todo el alma en la amistad. «He buscado a Dios, todo lo he dejado por Él, y de esta forma he encontrado a mi amigo. Ahora, todas las veces que busco a mi amigo, encuentro a Dios».

Para Broeckhoven «mi vocación es enseñar a los hombres las profundidades místicas de la amistad». En mi caso, descubrir la capacidad mística de la relación me ha abierto las puertas a vivir no ya preocupado por los demás, sino preocupado de vivir con los demás. Los acompañamientos personales, los encuentros, las reuniones de grupo (¡tantas reuniones de grupo...!), los cafés, las tareas compartidas, las llamadas telefónicas, ahora los correos electrónicos...: todo se convierte en oportunidad para profundizar en la mística de la amistad.

En un mundo tan marcado por la instrumentalización de todo, y de todos, esta mística de la amistad fortalece la esperanza. Se trata de descubrir una tierra sagrada que, a su vez, es capaz de sacralizar todo lo

que está a su alrededor. El seguimiento de Cristo no se realiza en el empeño y el esfuerzo, sino que se produce en el encuentro, que en muchas ocasiones sí exige empeño y esfuerzo. No quiero reducir la fe cristiana a esta dimensión interpersonal; es cierto que existe también toda la dimensión comunitaria y social. Tampoco es una cuestión de prioridades: ¿debemos buscar el cambio estructural o el personal? Se trata de vivirse, de vivirnos, en este mundo. El reino y su justicia están ahí, la lucha por una sociedad más justa es parte del seguimiento, fue la causa de Jesús. Pero la amistad, lugar privilegiado para el encuentro con Dios, se convierte en un test de autenticidad de nuestras luchas. Jesús camina con sus amigos y llora por su amigo Lázaro; el reino avanza entre conversaciones y encuentros.

Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre (*Flp 2,11*)

Y al final Jesucristo. Al principio y al final. El conocimiento de Jesucristo es la gran recompensa para sus seguidores. Para mí es, sin duda alguna, la gran recompensa de estos años. De todo este tiempo de vida religiosa, lo más valioso que he recibido, con mucho, es el conocimiento de Jesucristo. Por supuesto, no un conocimiento intelectual, aunque también, sino, como se nos propone en los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola, un conocimiento *interno,* es decir, un conocimiento que surge de la experiencia de Jesucristo resucitado, experimentando así el Espíritu de Dios en mí y en la Iglesia. Para que sea auténtico conocimiento evangélico, está siempre vinculado a un *para:* en palabras del propio Ignacio, «para que más le ame y le siga». Es, pues, un conocimiento que implica la propia vida, que afecta a todas las esferas de la persona, desde las más internas (le ame) hasta las que nos ponen en relación directa con los otros (le siga).

En Jesucristo descubrimos la pasión de Dios por la humanidad, por la humanidad en su conjunto y por cada hombre y cada mujer. En el modo de vivir de Jesús, en su modo de relacionarse, descubrimos la opción de Dios por los seres humanos. En Él descubrimos la cercanía total de Dios, su cercanía gratuita y eficaz, que quiere transformar nuestra realidad en otra nueva, marcada por la fraternidad y la justicia.

El rostro de Jesús va cambiando con el paso de los años, de la confidencia, de la admiración. Va pasando a ser el Señor Jesús. ¿En qué se

va configurando ese señorío de Jesús? En primer lugar, en su re-conocimiento a lo largo de toda la vida. No es una experiencia puntual, ni siquiera una suma de experiencias; es la Presencia del Dios vivo en mí. Los momentos de mayor intensidad de vida espiritual favorecen todavía más esta experiencia. Pero la Presencia de Dios es constante, continua, en todo momento. Nada nos puede separar del amor de Dios (Rm 8,35-39); no, sin embargo, por nuestra fuerza, sino porque él no quiere separarse jamás de nosotros.

La Presencia de Dios es la que posibilita nuestra libertad, libertad para ser de nuevo acogidos por Dios, pese a nuestros fracasos, errores o pecados. La Presencia de Dios es la que sostiene nuestra libertad para vincularnos confiadamente en el seguimiento del Cristo pobre y humilde. La presencia de Dios es la que apuntala nuestra libertad para afrontar la vida sin miedo, para asumir las consecuencias del seguimiento y para caminar ilusionadamente cada día.

En segundo lugar, el señorío de Jesús se hace visible en nuestra vida, en la medida en la que experimentamos su reino. Cuando la amistad se convierte en causa mayor, entonces se llama «justicia». El encuentro con Jesús devolvió la salud y la enfermedad a los que se acercaban a él. El reino ya comenzado en Jesús sigue tratando de fructificar en medio de la historia. Pero lo cierto es que sus signos son pequeños y débiles, y muchas veces no consiguen hacerse visibles para una sociedad opulenta que vive de espaldas a la mayor parte de la humanidad sufriente. Las realidades son tan frágiles que fácilmente podemos dudar de un señorío así. Como a aquellos galileos primeros, nos gustaría descubrir el poder que somete por la fuerza a los que se resisten a esta verdad. Sin embargo, también a nosotros se nos invita a recorrer el camino de la cruz: el único que puede conseguir la salvación definitiva, un camino que no conoce atajos.

Por último, el señorío de Jesús se descubre cuando reconocemos en el Galileo Resucitado el destino último de nuestra vida y del mundo: «ven, Señor Jesús». Intuir, con torpeza, que el horizonte último de lo que somos y de lo que esperamos, nosotros y todos los que esperan, está en Él.

Confesar que Jesucristo es el Señor de mi vida es no saberme anónimo, porque él me llama por mi nombre y lo lleva tatuado en la palma de su mano.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

JOAN CHITTISTER
La amistad femenina.
La tradición oculta de la Biblia
112 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 7,00 €

La amistad impregna el aire mismo que respiramos; es omnipresente; une el pasado y el presente y hace soportable la incertidumbre respecto del futuro. Joan Chittister analiza la dimensión sagrada de la amistad a través del prisma de la fe, la tradición, la Escritura y las ciencias sociales, revelando la voz y la experiencia, frecuentemente desdeñadas, de las mujeres bíblicas. Con el inspirador mensaje que Joan Chittister extrae de la vida de esas mujeres, nos invita a buscar y aceptar la amistad tal como se encarna entre mujeres, entre Dios Creador y toda la creación y entre todos los seres humanos.

ST 95 (2007) 133-141

Entre el optimismo y la esperanza.
Encuentro con Dios en la vida cotidiana

Luis Alberto RODRÍGUEZ DE RIVERA*

Se me pide en este artículo que exprese algo de mi caminar como cristiano cotidiano. Hablaré de los lugares de mi vida en los que creo que reconozco el paso del Señor, de las oportunidades que encuentro en mi día a día de tratar con Él, de los medios que busco y encuentro para alimentar mi espiritualidad de cristiano «corriente» y, por último, de la conexión que intento que exista entre mi fe y las decisiones de mi vida.

Tengo 39 años. Desde hace 14, cuando comenzó mi andadura laboral tras finalizar la carrera de Filosofía, el rincón de la sociedad en el que vivo fundamentalmente mi «visibilidad» cristiana y en el que me siento «en misión» está en el terreno de la educación y de la escuela católica.

Pero sé con certeza que el lugar central de mi experiencia cristiana está en mi familia. Estoy casado y soy padre de tres hijos, todavía pequeños. El mayor tiene 8 años. Conforme pasan los años, me voy dando cuenta de que nuestra pequeña comunidad familiar, nuestro hogar, es el espacio preferente para encontrar al Dios vivo. Este convencimiento no ha sido algo que surgió automáticamente tras la ceremonia del matrimonio. El nacimiento de nuestros hijos y el paso de los años en la convivencia conyugal me han ido llevando, no sin luchas, a este sentimiento.

* Director General del Colegio «B.V. María». El Soto. Alcobendas (Madrid). <luisalberto@bvmelsoto.net>.

El segundo lugar importante en el que vivo mi experiencia cristiana es el trabajo. La Escuela Católica no es mal sitio (o no debería serlo, pues quizá no todo el mundo tiene la misma suerte que yo) para explicitar la identidad creyente. He trabajado 8 años en un centro educativo de la Compañía de Jesús, como agente pastoral, como profesor de Filosofía y, finalmente, como miembro del Equipo Directivo. Actualmente, estoy en mi sexto año escolar como Director General del Colegio Bienaventurada Virgen María, de las Madres Irlandesas, en Madrid.

Siempre me he sentido algo privilegiado por disfrutar de una profesión vocacional como la enseñanza. No siempre es un trabajo fácil (las dificultades en Educación están de plena actualidad), pero es gratificante el horizonte de humanización y de servicio a los niños, a los jóvenes y a las familias que se puede otear. Soy muy consciente de que no todos los trabajos y las profesiones tienen estas posibilidades.

El tercer lugar sustancial en el que crezco en mi experiencia creyente es la comunidad cristiana a la que pertenezco. Soy miembro de CVX (Comunidades de Vida Cristiana). Mi pequeño grupo-comunidad que pertenece a la CVX-Caná, de Madrid, ha vivido un recorrido intenso y sinuoso desde que teníamos veintitantos años y, estudiantes todavía o iniciando nuestros caminos profesionales, buscábamos nuestro lugar como laicos en la Iglesia y servíamos como monitores a otros más jóvenes aún que nosotros en una comunidad cristiana juvenil. La espiritualidad ignaciana marca profundamente a nuestra comunidad, aunque no todos hemos llegado a ella por los mismos caminos, ni todos nos sentimos del mismo modo insertos en este carisma. Para mí la espiritualidad ignaciana es el estilo cristiano en que me he educado y me ayuda mucho a sentirme seguidor de Jesús: la siento como una espiritualidad muy lúcida, nada ingenua, abierta al mundo y a las posibilidades de encuentro de Dios que éste tiene.

Además, desde hace algunos años, nuestra familia se ha acercado un poco más a la participación en la comunidad parroquial del bario donde vivimos. Yo siento la parroquia como mi «contacto real» con la Iglesia en su expresión más cotidiana. Las posibilidades de formación, de crecimiento espiritual y de compartir la vida en profundidad que me da CVX no son, a veces, fáciles de encontrar en la parroquia. Pero me asombra la sed y la perseverancia en la búsqueda de los cristianos de mi parroquia, sobre todo los de mi edad, con situaciones familiares similares a las mías, que son capaces de beber y aprovechar los a veces

escasos medios para alimentar la espiritualidad que ofrece la vida parroquial.

Familia, trabajo, comunidad cristiana y también parroquia creo que son los lugares de mi experiencia de Dios. No sé decir si estoy especialmente preocupado por hacer visible mi identidad creyente. El caso es que, de hecho, al menos en estos entornos en los que me relaciono con otros, me siento claramente percibido por los demás como cristiano. De esto no tengo duda.

Una convicción: la experiencia del Encuentro

Siento que mi espiritualidad está indefectiblemente marcada por la época de la que soy hijo: tiempos en un mundo ya claramente secularizado y plural, que provoca que los creyentes tengamos que vivir la fe al lado de otras muchas posibles opciones vitales, donde lo cristiano y sus valores ya no son evidencias que la sociedad comparte. Este hecho no es para mí un mero diagnóstico social. Es un elemento que condiciona la forma diaria y cotidiana de justificar y legitimar mi fe.

Recuerdo una anécdota que me contó un amigo jesuita. Hace años, en un momento de actividad pastoral con jóvenes de un colegio religioso, este jesuita vio la oportunidad de dar un sencillo testimonio personal contándoles las razones profundas que le llevaban a ser cristiano y a permanecer en la vida religiosa. Al preguntarles a ellos qué les parecía eso que les había contado, uno de ellos dijo: «A mí me parece muy bien. A otros les da por coleccionar sellos».

Más allá de la posible «insensibilidad» del joven espectador, para mí la anécdota refleja una sensación muy real que tenemos muchos cristianos: creer en Jesús puede orientar tu vida, ya no sólo es «minoritario», sino que es una opción que está en igualdad de condiciones junto con otras (quizás a cual más peregrinas).

En ocasiones, en momentos de gran actividad, consecuencia de mi ser cristiano, o en momentos de dificultad al constatar mi propia incoherencia y la de la Iglesia, me he preguntado por qué ando yo metido en estos jaleos. Momentos en los que me he interrogado de dónde nace el empeño en seguir dando de mí (a veces estirándome fuera de una lógica sensata) para estar presente en mi comunidad, o para estar apasionadamente atento a la vida eclesial. ¿Es acaso el mismo empeño de

quien tiene un «hobby» que le llena y al que dedica mucho tiempo? ¿Es el mismo ímpetu de quien tiene compromisos ideológicos que le orientan en la vida? ¿Es la misma pasión del aficionado o el forofo de lo que sea?

Sé que no. Sé que, tal y como se ha escrito en algún sitio, «todo comenzó con un encuentro». Me ha reconfortado que Benedicto XVI nos haya recordado con esa expresión las razones que nos hacen caminar como cristianos. Dice en las primeras líneas de su encíclica *Deus caritas est:* «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»[1].

En mi caso, el encuentro tiene día y hora. Surgió en plena juventud, en el proceso de búsqueda vocacional. Sentí que la elección de carrera y de profesión, el descubrimiento de la vocación, era una palabra de Jesús para mi vida que, de alguna manera, me transformaba, me hacía ser otro.

Todavía vivo de ese encuentro. Porque, además, los sucesivos momentos fundamentales de mi vida (saberme enamorado y elegido por la mujer que amo, ver nacer a mis hijos, recibir ofertas profesionales, llorar la muerte de mi padre) se han visto impregnados de la misma experiencia: un Dios que se hace presente transformándote, haciéndote otro, dándote una misión nueva.

Seguir bebiendo de ese encuentro es una constante hoy. Y desear y trabajar para que los que comienzan en el camino de la fe (mis hijos, los alumnos de mi colegio...) sepan ponerse a tiro para ese encuentro, también lo es.

Hablar con Dios que ama, llama y camina

Desde esta experiencia de encuentro existen rasgos de Dios que he ido descubriendo. En primer lugar, que Dios ama, y que me ama a mí con amor incondicional. Más de lo que yo me amo a mí mismo. Me lleva «tatuado en la palma de su mano».

1. BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica «Deus caritas est»,* n. 1.

En segundo lugar, que Dios llama y me llama. A mí personalmente, con mi entera persona. Proponiéndome un proyecto de felicidad y de sentido.

Y en tercer lugar, que Dios acompaña misteriosamente nuestro caminar. Me acompaña discretamente, cada vez con más suavidad. A veces lo percibo «a toro pasado», cayendo en la cuenta de que los acontecimientos de mi vida, los itinerarios recorridos, tenían la marca profunda de la presencia de Dios. Y me acompaña, sobre todo, a través de los otros: mi esposa, mis hijos, mi familia, mis compañeros de trabajo, mis hermanos de comunidad, etc.

El transcurrir de los años y la madurez me han hecho encontrarme cada vez menos con un Dios de tareas y proyectos y más con un Dios de sentido y de esperanza.

En el ritmo frenético que a veces llevamos, no es sencillo encontrar espacios para tratar con este Dios que ama, llama y camina. En este sentido, he ido pasando, de una cierta insatisfacción narcisista por no conseguir rezar todo lo bien que desearía, a la certeza más pacífica (no adquirida por mí, sino iluminada por el testimonio o el consejo de otros más sabios que yo) de que se ora desde el servicio y desde las circunstancias reales de la vida, sobre todo cuando estas circunstancias son queridas por Dios. Rezo cuando enseño a rezar a mis hijos en la Eucaristía dominical, en el rato quincenal de oración de mi grupo, en el breve encomendar de la mañana y examinar de la noche. Aunque nunca terminan del todo la tensión por mantener la vida de oración y el deseo (la sed, diría yo) de buscar espacios tranquilos para hablar con el Padre.

La tensión de encontrar a Dios en el mundo

Mas la certeza del encuentro con Dios no me ha llevado a vivirme como cristiano con todas las respuestas claras. Algunas convicciones vitales me acompañan: el amor puede siempre más (aunque no tenga éxito); Dios quiere la justicia (aunque las estructuras injustas nos paralicen); salir de uno mismo ensancha el alma (aunque en ocasiones vivimos esclavos de nosotros mismos)... Y unas pocas claridades de la fe me confortan: en la existencia de Jesús de Nazaret se palpa la Divinidad; el Espíritu acompaña desde la fragilidad el irregular caminar his-

tórico de mi Iglesia; en el proyecto del Reino que se nos ha revelado a los cristianos hay una propuesta de más humanidad; confío en que todo aquello a lo que no hemos llegado será completado en plenitud por Dios al final; ... Pero cada vez siento menos que posea definitivamente verdades absolutas.

Es por ello por lo que suelen inquietarme las denuncias maniqueas de la existencia de un presunto bloque «anticristiano» contra el que hay que luchar. No me ayudan particularmente las llamadas alarmadas de algunos sectores eclesiales a no ceder ante la descristianización galopante que vamos viviendo. Porque insisten en algunos rasgos de esta sociedad (que, sí, ya no es de Cristiandad) con los que es necesario dialogar, ofreciendo la alternativa ilusionante del Evangelio. Sufro con frecuencia viendo la imagen de enquistamiento defensivo que se da de la Iglesia y de lo cristiano en la mayoría de los medios de comunicación. Me parece urgente que en la Iglesia no olvidemos el espíritu del Vaticano II, que nos invitaba a compartir las alegrías y las esperanzas de los hombres y a situarnos como luz para el mundo, reconociendo los «destellos» de Dios que también habitan en otros lugares ajenos a la Iglesia.

Porque sé que Dios me quiere, creo que ama el mundo que ha creado. Sé que un Dios encarnado abraza la limitación y la pequeñez del ser humano, pero también toda su apertura en libertad y su capacidad de trascenderse.

Un ejemplo. Esta tensión difícil la experimento claramente en el mundo de la Educación en el que me muevo. En un extremo, la desesperación con que muchas familias en mi ciudad buscan colegios religiosos. En el otro extremo, las motivaciones nada religiosas que mueven a las familias en esta búsqueda y que provocan una tensión entre lo que los colegios esperan de las familias en el ámbito creyente y lo que las familias no se plantean. Y en el centro, una posible respuesta: quizá las familias reconocen en nuestros colegios de Iglesia un talante de cuidado y cariño que no ven en otros sitios. Quiero creer que ese «cuidado» es una chispa de Dios también.

Otro ejemplo también del ámbito educativo eclesial. Las dificultades para llevar adelante la acción pastoral de los colegios es mayor que en el pasado. La respuesta de los alumnos ante las propuestas religiosas decrece. El mensaje de la fe se transmite con dificultad a unos jóvenes que ya no están recibiendo en su familia la iniciación cristiana y que tampoco reciben ya la cristianización sociológica que se vivía en

el pasado. La tensión que se vive en nuestros centros educativos pasa por moverse en el clima de una pastoral «implícita» que procura transmitir valores humanizadores desde la propuesta cristiana, que trata de crear un ambiente en el que lo auténticamente cristiano no sea algo absolutamente extraño (porque para la mayoría de los alumnos lo va siendo), pero reconociendo que sólo unos pocos darán de verdad el salto al encuentro personal con Dios. Es la tensión de perseverar en la siembra, sin saber si otros recogerán, pero urgidos por la oportunidad de constatar que los colegios son ahora mismo, en nuestras ciudades, una de las plataformas de evangelización juvenil y, diría también, familiar, mas potentes que tenemos para la Iglesia.

Mis ayudas para una espiritualidad de tensión en el mundo

De entre los medios que más me ayudan a vivir mi espiritualidad, debo nombrar en primer lugar el acompañamiento espiritual. He sido fiel a él desde los 15 años. Empezó como conversación amistosa, entre cigarrillo y cigarrillo, con el pastoralista en el colegio. Se fue consolidando lentamente, con los años, como referencia objetivante y espejo que me enseñó a orar, a discernir desde Dios, a compartir mociones, deseos y sentimientos del espíritu. Hoy es ayuda imprescindible en una realidad muchas veces opaca a Dios. Me estimula a desear la oración personal. Me centra en la dispersión cotidiana de un ritmo vital marcado por las obligaciones laborales y familiares de la ciudad en la que vivo y que puede acabar engulléndonos.

He dicho más arriba que me considero integrado desde la espiritualidad de San Ignacio de Loyola. Por eso, la experiencia de los *Ejercicios Espirituales* ignacianos es la que me ha hecho descubrir esos rasgos de Dios de los que he hablado. Me ayuda en mi caminar cristiano el seguir teniendo como referencia esa experiencia: procuro hacer *Ejercicios* de varios días (los que puedo, según han ido cambiando mis circunstancias familiares) anualmente.

Mantener una cierta inquietud por la lectura «espiritual» también me ayuda. Con poco tiempo para ello, procuro leer alguna revista[2], y

2. Esta misma revista, *Sal Terrae,* es uno de mis escasos alimentos en tiempos de ritmos intensos. Aprovecho para reconocerlo, sin mayor ánimo de «auto-bombo» editorial. De verdad, me ayuda el estar suscrito a ella.

en los veranos más descansados algún libro de los que animan a seguir a Jesús con más alegría[3].

La vivencia de mi fe en comunidad también me fortalece. Aunque sé, por ejemplo, que las comunidades cristianas hoy tenemos que dar mejor testimonio de alternativa frente a la sociedad consumista. Encuentro a mi alrededor algunas comunidades pequeñas, a veces con dificultades para integrarse en la visibilidad eclesial, que son signos humildes del Reino. Me vienen a la mente algunos grupos integrados en torno a la coordinadora «Encomún» en Madrid. Profesores del colegio que dirijo pertenecen a ella, y contemplo a diario su entrega profesional y su compromiso hondo con sus barrios y sus parroquias.

Y cada vez valoro más el testimonio de fe y sabiduría que descubro en los religiosos y las religiosas, y más aún en estos momentos de disminución y envejecimiento que sufre la Vida Religiosa en Europa.

La fe y la vida conectadas

No es sencillo, como he dicho antes, convivir, por un lado, con este contexto social que no asume lo cristiano como evidente y, por otro, con las insinuaciones, de nuevo, de algunos sectores eclesiales a los que les preocupa que cada vez más cristianos caigamos en el relativismo reinante. Yo, ciertamente, no me percibo así. Trato de vivir con coherencia hasta donde me alcanza mi pobre entender. Las decisiones que he ido tomando en mi vida y que hemos ido tomando en familia, creo que tienen como horizonte los valores del Evangelio. No siempre habremos acertado, pero tratamos de tomarlas desde Dios.

Las opciones que, como pareja, vamos tomando en nuestro matrimonio pueden ser un ejemplo de esto que quiero decir: nuestra relación de amor conyugal, la llegada de nuestros hijos, la educación afectiva que tratamos de darles, son espacios en los que hemos decidido en conciencia y convencidos de que Dios nos hablaba en esos lugares. Sin embargo, en ocasiones, cuando leo algunos documentos de los obispos sobre moral sexual, confieso que no sé que pensarían las voces más «ortodoxas» sobre esas opciones que hemos tomado. Sí sé lo que pien-

3. Últimamente, me han gustado algunos pequeños libros de José Mª Rodríguez Olaizola.

san y sienten hombres y mujeres honestos y preocupados por mantenerse cerca de la palabra de la Iglesia. Mi esposa participa en un grupo de reflexión de madres que pertenecen a grupos diversos de espiritualidad ignaciana de Madrid[4]. Durante el curso pasado, han estado reflexionando sobre la paternidad responsable y el magisterio eclesial relacionado con la moral sexual y reproductiva. Me cuenta que una de sus conclusiones es comprobar la angustia de bastantes parejas que desean ser fieles a Dios y dejarse iluminar por la Iglesia, y que sienten la lejanía y la dificultad de las concreciones morales tan estrechas a las que parece abocar la fidelidad literal a estos documentos.

Quiero decir, en general, que existen razones que podemos aducir los cristianos que, como dice José Mª Rodríguez Olaizola, estamos un tanto *en tierra de nadie,* para justificar la conexión que hay entre nuestra fe y nuestra vida. Para mí, la razón fundamental es el esfuerzo y el deseo de discernimiento sincero que realizamos ante las decisiones importantes de nuestra vida. Se trata de un discernimiento que se dibuja muchas veces entre oscuridades, pero que abarca las dimensiones más importantes de nuestra vida cotidiana: las decisiones profesionales (cambiar de trabajo, compaginar la vida familiar y laboral, ser buen profesional...); las decisiones conyugales que ya he comentado; las opciones de solidaridad (estilo de vida, colaboración con ONGs, austeridad, educación de nuestros hijos en valores de justicia...); la atención, a veces dolorida, a la realidad de la Iglesia (participando lo más que podemos, educando a nuestros hijos para que reconozcan figuras cercanas y amistosas en el ámbito eclesial...).

Mi impresión final es de optimismo. O, mejor, de esperanza. Los cristianos más «comprometidos» con nuestra identidad creyente, quizá no somos multitud ahora mismo en esta sociedad, aunque nuestra capacidad de movilizarnos y hacernos ver no es, ni mucho menos, escasa (véase cualquier visita del Papa a España). El mundo que tenemos enfrente es más una oportunidad de encuentro con Dios y de testimonio alegre de Jesús que un enemigo a batir. Y la riqueza «de grano de mostaza» de los cristianos corrientes (que tienen que vivir en diálogo con no cristianos o con indiferentes respecto de lo religioso) se reconoce a poco que uno esté involucrado en la vida eclesial.

---

4. El grupo «MARÍA», que ha publicado algún artículo en esta revista en los dos últimos años.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

ANSELM GRÜN
Las fuentes de la energía interior.
Cómo evitar el agotamiento y aprovechar las energías positivas
160 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 10,00 €

Exhausto, quemado, interiormente vacío: tal es el estado en que viven muchas personas sometidas a la presión de la vida diaria. ¿Qué ocurre con nuestras energías anímicas cuando nos sentimos sin fuerzas y «en las últimas»? ¿Cómo puedo encontrar el camino de vuelta a las fuentes de mi vida? ¿De dónde puedo sacar fuerzas sin quedar agotado? Esas fuentes existen en la vida de cada uno: fuentes claras que limpian, refrescan, fecundan. Son los recursos que quedan ya cimentados en la infancia. Anselm Grün muestra cómo se consigue encontrar el acceso a esa fuente y hacer que brote a borbotones.

ST 95 (2007) 143-155

«Me aman, luego soy»

Almudena Egea Zerolo*

Hace unos cuatro años, un inspector que vino a visitar el colegio donde trabajaba me preguntó: «¿Qué hace una chica como tú en un lugar como éste?». Lo que hacía en el colegio, lo sabía perfectamente. Allí era feliz. Pero ese sentimiento de estar fuera de lugar fue el que tuve cuando me pidieron que escribiera este artículo: ¿qué hace una esposa y madre de tres hijos, que estudió arquitectura, se especializó en educación para el desarrollo y trabaja como profesora, escribiendo en un número sobre «anónimos cristianos» en la revista *Sal Terrae*?

Mi agobio vino porque equivoqué los términos. Pensé que tenía que escribir sobre mí. Pero hace unos días, en una misa de celebración por el sesenta cumpleaños de mi madre, un sacerdote jesuita me dio la clave. En la homilía dijo: «amor, ergo sum» (*soy amado, luego existo*). Esta frase, que hunde sus raíces en los Padres, me dio la luz que necesitaba. Soy porque me han hecho los que me aman, y Dios me amó primero (1 Jn 4,10). No tenía que escribir sobre mí; tenía que compartir el regalo que durante treinta y seis años me han ido haciendo los que me han querido y los que siguen haciéndolo.

«Prolongando el corazón»

Muchas veces he recordado una frase de mi abuela: *«En esta vida hay tiempo para todo»*. De joven, me agobiaba pensando qué sería de mayor, dónde estaría, con quién... Nada importaba mucho. Incluso aque-

* Profesora de Matemáticas y Directora del Departamento de Acción Social del Colegio Nuestra Señora del Recuerdo. Madrid. <aegea@recuerdo.net>.

llos errores que cometí y que consideré imperdonables se borran. Sentirme perdonada por Dios hizo que aprendiera a perdonarme a mí misma.

La vida se va haciendo. Es importante saber adónde se va, pero más importante aún es dejarse sorprender, sin miedo a que, en un momento determinado, tengamos que cambiar aquellos planes que con tanta seguridad intentamos aferrar («...al andar se hace camino...»). La fotografía soñada está. Desenfocada, pero está. La vida la va enfocando.

¿Dónde estaba la felicidad que soñaba? Mi fotografía se movía entre las certezas de lo que no era y los atisbos de lo que podría ser.

Mi trabajo actual es una de esas sorpresas, uno de esos regalos que se cruzaron en mi camino sin yo esperarlo.

Pasé nueve años trabajando en un colegio diocesano, dirigido por la orden del Sagrado Corazón, en un barrio de la periferia de Madrid. Ser arquitecto y estar estudiando la Diplomatura en Ciencia Religiosas me permitió enseñar Matemáticas, Tecnología, Religión y hacerme cargo de la pastoral. Poder impartir asignaturas tan dispares, junto con la tutoría, hizo que me encontrara con mi vocación: era feliz siendo educadora. Y digo «educadora» y no «profesora» porque, como dice el poema de Pedro Salinas, *«es que quiero sacar de ti tu mejor tú»*. Mi trabajo suponía ayudar a descubrir en cada alumno lo mejor que hay en ellos y darles las herramientas para que ese potencial se pudiera desarrollar.

En aquel colegio era feliz. Nunca pensé cambiarme; pero la persona que durante catorce años se había encargado del área de Trabajo Social en un colegio de jesuitas del norte de Madrid se marchaba. Mi madre pasó diez años colaborando en este proyecto, y una amiga propuso mi nombre. Casi sin darme cuenta, me encontré con un trabajo que, para mí, era un sueño. Tras muchos años trabajando como voluntaria y cooperante, me especialicé con un «master» en Cooperación para el Desarrollo Sostenible. Y ahora se me brindaba la oportunidad de trabajar en este campo. Como decía un antiguo secretario del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas:

> «Un niño nacido hoy, de adulto nos dirá: "Ustedes, nuestros profesores, me ayudaron a prolongar mis manos con increíbles máquinas, mis ojos con microscopios y telescopios, mis oídos con teléfonos, radios y sonar, mi mente con redes...; pero ustedes no me ayudaron a prolongar mi corazón con amor, preocupación por la familia humana en su conjunto. Ustedes, mis profesores, me dejaron a medias».

Recogiendo sus palabras, tengo la suerte de trabajar «prolongando el corazón» y de estar en contacto con lo mejor de los alumnos, de los padres que les acompañan y de los proyectos en los que colaboramos.

Acercar realidades de pobreza, discapacidad, soledad... a alumnos que aparentemente lo tienen todo, es una oportunidad única de educar en lo importante: nada de lo recibido es nuestro, sino que nos ha sido dado para ponerlo al servicio de los demás, especialmente de los que más sufren. Ojalá ningún alumno pueda decirnos, después de quince años de escolarización, «ustedes, mis profesores, me dejaron a medias».

Los que me aman

Como decía al principio, la certeza de saberme profundamente amada por Dios y por los que me rodean es la que me hace ser como soy. Ésa es mi historia, y un trocito de cada uno de esos lugares y de esas personas es lo que me gustaría compartir.

• *Los lugares*

– Mi hogar

Lugar por excelencia donde he podido y puedo ser como soy, donde el cariño, el respeto y la comunicación en todos los campos es posible. Ese hogar fue la escuela para el hogar que, junto a mi marido, hemos querido formar. Como dijimos en nuestra boda, lugar abierto, alegre y acogedor. Una *«Betania»* (lugar al otro lado del Jordán, donde se hace posible creer en Dios).

Fue precisamente al elegir la casa donde formaríamos nuestra familia cuando nos planteamos el significado que la pobreza debía tener en nuestras vidas. La respuesta nos llegó de un monje cisterciense: *«La verdadera pobreza, es la que es capaz de hacer ricos a los demás».*

Así escogimos nuestra casa. Con esa idea quisimos fundar nuestro hogar.

– Los colegios

Como profesora, sé que la educación se hace sobre todo en la familia; pero ¡que importante es tener un colegio que acompañe este proceso!

Mis padres quisieron educarme en el Sagrado Corazón, y posteriormente con los jesuitas. Aquella elección fue otro regalo.

El primer colegio lo sentí como mi segunda casa. No sólo educaron mi mente. Me recuerdo desde muy pequeña, yendo a hospitales y asilos a bailar y tocar la guitarra. Recuerdo también que había niños de integración con los que convivíamos como uno más. Fue allí donde aprendí que nada de lo que tenemos, aprendemos o somos tiene sentido, si no es para compartirlo con los demás.

Aquel colegio fue mi escuela de humanidad. Los jesuitas fueron mi escuela de fe.

– Las comunidades cristianas

* *Preuniversitarias*

La difícil etapa de la adolescencia tuve la suerte de que estuviera acompañada por una comunidad de padres e hijos de una parroquia de redentoristas al norte de Madrid. Poder crecer en la fe junto con compañeros con los que aún hoy tengo amistad fue algo muy especial.

La comunidad preuniversitaria del colegio me acercó a mis primeras experiencias de voluntariado y puso los pilares de una espiritualidad ignaciana que ha supuesto uno de los motores de mi vida.

* *Universitarias*

Al salir del colegio, muchos nos integramos en distintas comunidades universitarias, la mayoría de ellas relacionadas con los jesuitas. La mía fue la comunidad «Francisco Javier». La mayoría de los que allí estábamos veníamos del mismo colegio; pero, a medida que avanzaban los años, se iban incorporando compañeros de distintas universidades que, al igual que nosotros, buscaban crecer en la fe. Ser diferentes es una riqueza. Fue allí, y especialmente gracias a los jesuitas que nos acompañaban, donde entendí el significado de la fe como pilar de la vida, de la esperanza en una vida nueva y de la caridad que haga posible una vida mejor para todos. Mucho de lo que soy se lo debo a ella.

Para los últimos años de universidad se proponía una actividad que consistía en convivir unos días con los monjes cistercienses de

Santa María de Sobrado, en La Coruña. El complemento de una espiritualidad cisterciense a la ignaciana ha sido algo fundamental para mí. Muchas de las cosas que hasta entonces me inquietaban, como la oración, la acción, la pobreza o un «magis» mal entendido, se tornaron en paz. Recuerdo especialmente que uno de los monjes, hablando de la oración, nos dijo tres cosas que me acompañarían el resto de mi vida: *«La oración no sirve para nada»* (no arregla problemas); *«sólo puede hacer oración quien quiere»* y *«hace oración quien se pone a hacer oración»*.

La comunidad «Francisco Javier» me enseñó que los cristianos no podemos estar cruzados de brazos, y el monasterio de Sobrado que en las cosas de Dios hay paz. No la paz de los tranquilizantes, como decía mi tío sacerdote en mi boda, sino aquella que, aunque las cosas no se vean nada claras, te sientes haciendo lo que tienes que hacer. Te sientes en las manos del Padre.

* *Postuniversitarias*

La comunidad universitaria terminó con la intención de ser un trampolín para una integración posterior en lugares de Iglesia que, en esta nueva etapa laboral y familiar que comenzábamos, resultara más cercana.

Así, al casarme formé parte de un grupo que se reunía en una parroquia al norte de Madrid. Su dinámica era trabajar durante la semana y poner en común las lecturas del domingo. «Saborear» cada palabra de aquellas lecturas hacía que la vivencia de la eucaristía dominical fuera muy diferente.

Actualmente formo parte de dos grupos:

a) El grupo de padres del colegio adonde van mis hijas nació con la intención de formarnos y apoyarnos en la difícil tarea de la transmisión de la fe. Un proyecto que comenzó hace cuatro años para posibilitar que colegio y familia fuésemos a la par en este sentido, pues... ¿hay algo más importante que ponerse de acuerdo para educar en la fe? Junto con los demás grupos de padres, se organizan retiros, convivencias, oración infantil... Religiosas, padres e hijos viviendo una experiencia de ocio, de vida y de fe, resulta un referente diferente y precioso para unas nuevas generaciones que tienen que insertarse en una sociedad donde los valores evangélicos no están muy de moda.

b) El grupo MARÍA (MAdres de la Red IgnacianA) o grupo de madres, como solemos llamarlo, es uno de los regalos más grandes que actualmente forman parte de mi vida. Grupo de trabajo que nació con la intención de acercar el sentir de unas mujeres, esposas y madres a una Iglesia de sensibilidad muy masculinizada. En ningún grupo he sentido tan fuertemente como en éste la presencia del espíritu en la diversidad. *«Hay diversidad de dones, pero un mismo espíritu»* (1 Co 12,4). La seriedad, la sinceridad y la profundidad con que se comparte en el grupo han hecho de él un lugar de transmisión de fe, paz, alegría y plenitud. Me han acercado a un Dios de profunda consolación: *«Bendito sea Dios, padre de toda consolación»* (2 Co 1,3). Cada mes, al salir de la reunión, junto con el cansancio del que desnuda el alma para otros, me invade un profundo sentimiento de gratitud por tanto bien recibido. El grupo me hace crecer y me hace amar con más plenitud todo cuanto me rodea.

Todos estos grupos son para mí un trocito de esta Iglesia nuestra. Cada uno ha ido dibujando ese papel que, como laica, desempeño y que ahora tanto se nos reivindica. Un anonimato que, hasta ahora, había sentido no sólo de nombre, sino de hecho. Pasé mucho tiempo pensando que mi papel como laica dentro de la Iglesia no contaba para nada. Ahora sé que, desde esa situación de anonimato, soy importante. Comprender que todos somos diferentes, pero necesarios para una Iglesia a la que quiero y que debo sentir como mía, es una tarea que sigo aprendiendo.

– EL VOLUNTARIADO Y LA COOPERACIÓN

* *Las Hurdes*

Los hospitales y asilos que durante mi época de colegio visitaba, fueron una escuela de voluntariado. Pero fue en Las Hurdes (comarca del norte de Cáceres) donde aprendí su verdadero significado. Con otros compañeros de la comunidad universitaria «Francisco Javier», organizábamos animación socio-cultural, apoyo escolar y campamentos para niños en verano. Allí descubrí que el voluntariado no es «hacer por», sino *«estar con»*. Es compartir. Es amar. Las pacientes monjas del Cottolengo y las personas que en esos pueblos viven son parte de mi corazón.

* *Mostar*

Durante los años de universidad, estuve colaborando con la ONG «Ingeniería Sin Fronteras» (I.S.F.). Cuando cursaba sexto de carrera, marché como cooperante a Mostar, participando en un proyecto de la Unión Europea denominado «Evaluación de daños de guerra». Cuando fui, aún continuaba la lucha por Sarajevo. La experiencia fue muy dura, por varios motivos. Uno de ellos fue constatar que, cuando existen intereses económicos, políticos o propagandísticos, todo vale para muchos con tal de conseguir su propósito. Otro fue darme cuenta de que, dependiendo de quienes seamos, la vida no vale lo mismo. Pero lo más duro fue ver cuán frágil es el ser humano para dejarse envolver por el odio y la violencia. Cualquiera de aquellos ex-yugoslavos podría haber sido yo. La capacidad de destrucción de una guerra civil, de todo lo que supone el ser humano, me conmovió.

Por otro lado, la lucha de aquel pueblo para salir adelante y la necesidad de contar al mundo lo que allí estaba sucediendo, con la única intención de que jamás volviera a repetirse, fue una de las cosas que hizo que, al terminar la carrera, me especializara en Educación para el Desarrollo.

* *Kenia*

Mi marido pasó varios años trabajando con los Hermanos Maristas en un instituto de la sierra norte de Madrid. Con su ONG, «Solidaridad, Educación y Desarrollo», tuvimos la oportunidad de ir, el mismo año en que nos casamos, a Mfangano, una isla del lago Victoria en Kenia. ¡Que distinta es África de todo lo que conocía! Trabajamos en una escuela profesional desarrollando distintas obras (tanques de agua, letrinas, remodelación de talleres...). Muchas son las veces que, en esta ciudad tan acelerada que apenas nos deja saborear el momento que vivimos, me he acordado de dos frases que los profesores repetían allí a sus alumnos. Dicho en swahili, era algo así como: *«correr, correr, no tiene bendición»* y *«despacito, despacito, también es caminar»*.

Si tuviera que resumir mi estancia allí, lo haría con una anécdota. Una mañana visitamos una chocita de barro y brezo en la montaña. Al llegar, toda la familia nos recibió ofreciéndonos una

cesta con tres mangos. La pobreza de aquellas gentes hacía que diera vergüenza aceptar aquel regalo. Ellos insistieron y dijeron algo en lengua lúo. Cuando nos lo tradujeron, no pudimos hacer otra cosa que aceptar aquel regalo como si de oro se tratara: *«en el dar hay bendición»*. ¡Cuantas veces, después, he podido sentir la sabiduría de aquella frase...! La generosidad se torna en un regalo de ida y vuelta.

• *Las personas*

– Los que me precedieron

La sabiduría de mis abuelos es algo que todavía sigo asimilando. En Kenia, cada vez que se tomaba una decisión importante, se consultaba al consejo de ancianos y, como decían ellos, «después de hablar con los mayores, lo que no querías, quieres». De los tres abuelos que conocí, aprendí vida, pero también algo de lo que supone la muerte.

Mi abuelo paterno me enseñó la importancia del trabajo, la sobriedad y el esfuerzo. Mi abuela, la generosidad y la ilusión de compartir lo que se tiene. Un infarto cerebral la dejó hemipléjica durante seis años. La mujer más activa que yo he conocido, yendo cada día de la cama al sillón. Movía su mano y su pie de arriba abajo, como queriendo descargar un poco de esa energía que llevaba dentro. Nunca se quejó. En las misas que con mi tío jesuita teníamos en verano, ella siempre decía: *«Señor, te doy las gracias por los beneficios recibidos»*.

Mi abuela materna y madrina fue ejemplo de lucha, fortaleza, entereza y sencillez. Su figura de matriarca (quedó viuda muy joven con doce hijos) ha hecho de la familia de mi madre algo muy especial.

La muerte de todos en tres años consecutivos fue toda una lección de vida, pues, como dice la canción de un cantautor chileno, *«nadie nace sabiendo que morir es ley de vida»*.

Cuando mi abuelo murió, avisaron desde su casa que estaba muy enfermo. Cuando llegamos mi tía médico, mi madre y yo, acababa de fallecer. Mi tía comentó que debíamos arreglarlo cuanto antes, que después no se podría. Me vi cuidando su cuerpo, como tantas veces se hace con ellos en vida. Aquel cuerpo fue el templo del alma de mi abuelo. Sentí tener entre las manos algo sagrado. Aprendí entonces que morir es ley de vida.

Mi abuela paterna quiso donar su cuerpo a la universidad de medicina, dejando una vez más de manifiesto su enorme generosidad. Una sensación de vacío quedó cuando se la llevaron. Uno muere, lo incineran o lo entierran, y después hay un funeral. Faltaba el segundo paso. Cuando transcurrió el tiempo, se llenó el vacío: un cuerpo muerto puede seguir dando vida.

Un año más tarde, cuando, como cada verano, me encontraba en Las Hurdes, me avisaron de que mi abuela materna se encontraba al final de un corto proceso de cáncer. Cuando llegué, me sorprendí. Esperaba encontrármela preocupada y seria, pero mi abuela sonreía con paz. Hacía mucho calor, y me pidió que le arreglara la tela despegada de un abanico. Por la noche preguntó: «Hija, ¿lo arreglaste?». «Sí, abuela, ¿lo quieres?», contesté. «No, mi niña, era para que no te quedaras con cargo de conciencia»... ¿Cómo alguien que se sabe muriendo puede tener tanta lucidez, tanta paz? Horas después, cuando falleció, lo comprendí. Nos miró a todos alrededor de su cama, cerró los ojos y sonrió. Su rostro, ya sin vida, tenía luz. Aquello sólo era posible si se encontraba en el abrazo del Padre. Con la muerte de mi abuela, a la que quería con locura, «palpé» la resurrección.

Con la vida y la muerte de mis abuelos comprendí: la muerte como ley de vida, el cuerpo como sagrario del alma, la vida de un cuerpo sin vida... y la resurrección.

– Los que formaron mi hogar

Mis padrinos de bautismo fueron mis abuelos. ¿Qué más puedo decir? Cuando murieron, me invadió un extraño sentimiento de orfandad, sólo aliviado al pensar que todavía me quedaba mi madrina de confirmación: mi tía. Acompañamiento y transmisión de la fe constante en mi vida y a la que tengo que agradecer mi vocación de docente. De pequeña, me llevaba a su colegio a colaborar en la semana cultural. Yo quería ir a allí, quería ser profesora. Quería ser como ella. Y... allí acabé. Mi primer trabajo fue en ese colegio. La sensación de que los sueños deseados con fuerza se hacen realidad... es una constante en mi vida.

Dicen que es importante tener modelos de referencia; los míos, sin duda, son mis padres. De pequeños, soñamos ser como ellos. Yo aún sigo queriéndolo. Mi padre: inteligencia, objetividad, sencillez, generosidad, bondad... con mayúsculas. Mi madre: dulzura, sensibilidad,

tesón, entereza, fortaleza... con mayúsculas. Tienen el don de sacar de ti lo mejor que llevas dentro. Todos los que nos acercamos a su lado salimos transformados. Ejemplo también como pareja: el otro antes que uno mismo; los detalles, la ternura, la comprensión, la entrega plena...

Mis hermanos son el mejor regalo que nunca unos padres pudieron hacer a un hijo. Siendo la hermana mayor, se supone que debería ser yo la que tirara de ellos. Es al revés. Ellos me educan, me centran, me sostienen. Con muy pocas personas puede uno mostrarse tal y como es. Yo con ellos, sí.

Hace unos meses, un profesor que trabaja en mi Centro me preguntó cuántos hermanos éramos. ¿Cuatro, tres? No supe cómo contestar. Mi hermana pequeña, como dice mi madre, se fue al cielo con veinticinco años, hace unos meses. Un cáncer óseo muy extendido se la llevó en menos de dos años y medio. La cercanía de lo ocurrido me bloquea. ¿Cómo transmitir, aunque sea un poco, un trocito de esa vida plena? No sé si puedo. Quizá repitiendo algunas de sus frases pueda recoger un pedacito de su grandeza:

«Jesús, te doy las gracias por ser tan feliz», decía de pequeña en las misas que teníamos en verano con mi tío jesuita.

«*Gracias*». Esa palabra en la boca toda su vida. El que se siente regalado vive devolviendo un poco de aquello que, sin merecerlo, recibió.

«En manos del Alfarero y sin preguntar». Eso escribió cuando, después de unas pruebas, pero aún sin diagnóstico definitivo, ella, como enfermera, sabía que lo que tenía era grave.

«Mamá, estoy muy tranquila», no dejaba de repetir cuando enfermó.

«Quiero descansar». Fueron sus últimas palabras unos minutos antes de morir. Hasta entonces, nunca bajó la guardia: aun sabiendo que el final estaba cerca, jamás dejó de luchar.

«Yo también quiero donar mi cuerpo, como la abuela», escribió en un trabajo del colegio. Así descansa en el centro de investigación médica del hospital universitario donde la trataron.

Felicidad, agradecimiento, entrega, vivir sin querer hacer sufrir y confianza plena en el Padre... se resumen en la oración del santo de La Colombière, que le enseñó nuestra abuela y que nunca dejó de rezar: *«Señor, estoy segura de tu amor para conmigo. Hazme vivir siempre tranquila en tus manos, sabiendo que tu amor me conduce por caminos que yo ignoro».*

La muerte destruye: de tristeza, peleas, desunión, incomprensión... Jesús dijo que había venido a vencer a la muerte. La vida de mi hermana fue muy plena, pero algo está ocurriendo ahora. Muchos regalos están surgiendo desde que se ha ido. Todos ellos, una especie de milagro. ¿Será eso vencer a la muerte?

Un monje le regaló una cruz a mi madre y, al bendecírsela, le dijo: *«Que tu cruz en su cruz te lleve hasta la luz»*. La herida está aún muy abierta, pero tengo la certeza de que en algún momento la luz llegará.

– Un Arca de La Alianza

Mi madre y mi hermana colaboraron muchos años en unos campamentos para hijos de madres presas. Al cumplir los tres años, los niños son separados de sus madres, por considerar que ya no es una edad apropiada para seguir en una institución penitenciaria. Muchos no tienen quien les cuide, y hay casas de acogida que se hacen cargo de ellos.

Mi marido y yo sentimos que aquello era algo nuestro; ¿no dijimos en la boda que queríamos un hogar abierto, alegre y acogedor? Un hogar así ya lo había vivido. Mis padres también se hicieron cargo de una niña guineana que ha sido un regalo de sencillez y esperanza para toda la familia. Así fue como entramos en un largo proceso de acogida. Transcurrido un año, nos llamaron. Los padres de un precioso niño colombiano pedían que una familia se ocupara de su hijo. Una sensación, mezcla de alegría y miedo, nos invadió; pero, al comentarlo con un amigo monje, nos contó que antiguamente, en las casas donde se guardaba el Arca de La Alianza, había bendición. *«Ese niño»*, dijo, *«es vuestra Arca de La Alianza»*.

Y así ocurrió. Ese niño fue una bendición para nuestra familia. Es cierto que a veces fue duro, pues todos tuvimos que hacer un esfuerzo de adaptación. Pero, sobre todo, fue bendición. Vivió con nosotros algo más de dos años. Sabíamos que cuando su madre pudiera, se haría cargo de él; pero cuando llegó ese momento, fue como si me arrancaran un trocito del corazón. Al igual que lo de mi hermana, esto supuso un entrenamiento más en esa oración de san Ignacio: *«todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad»*. Nada es nuestro. Ni siquiera un hijo.

El mismo día en que dejé al niño con su madre, supimos que estábamos esperando nuestro tercer hijo. Un varón. ¿Casualidad? No, regalo. Un regalo más de ese Dios que me amó primero.

– MILAGROS

Me dijeron una vez, que quien piensa en los milagros sólo como algo inaudito queda incapacitado para descubrir los milagros que a cada instante se producen a nuestro lado.

Uno de esos milagros es mi marido. En una ocasión me dijo: *«Tú me haces bueno»*. Siempre ha sido al revés. Su mirada me transforma. Ver cómo me quiere, me desborda. Cada vez con más frecuencia pienso que sólo él podría ser mi esposo. No es casualidad. Dios lo escogió para mí. Lo puso a mi lado.

Los otros tres milagros de mi vida son mis hijos. Dos niñas y un niño. Desde que se gestaron, y veía su corazón latir en las ecografías, han sido un signo palpable de la grandeza de un Dios Padre Creador. Cuando esperaba la primera niña, tuve miedo de no ser una buena madre, y con cada nuevo nacimiento tuve miedo de no poder querer a la nueva vida que venía al mundo tanto como a los otros. ¡Y cómo les quiero...! Sólo al ser madre he podido entender un poco del amor que el Señor nos tiene: *«Más que un padre quiere a un hijo, así nos quiere Dios»*. El regalo de mi vida ha sido la maternidad.

Y al final de mis días...

Recuerdo una vez, mientras preparaba una clase de religión sobre los mandamientos para chicos de catorce años, que caí en la cuenta de que no sabía qué significaba *«amar a Dios sobre todas las cosas»*. Aquello me preocupó, porque, si yo no lo comprendía, ¿cómo lo iban a hacer ellos? Supongo que pasé unos años explicándolo fatal. Pero hace poco tuve una luz. Encontré tres frases que, enganchadas con un «de donde...» (como esas flechitas matemáticas que se ponen al resolver una ecuación), me llevaban hasta Dios:

- *«Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis»* (Mt 25,40).
- *«Si alguno dice: "amo a Dios", y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve»* (1 Jn 4,20).
- *«Nadie va al Padre si no es a través de mí»* (Jn 14,6).

Como afirma el Papa Benedicto XVI en su encíclica, «amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo, y en Jesús encontramos a Dios».

Igual no sé muy bien qué es amar a Dios sobre todas las cosas, pero sí sé qué es querer a mi prójimo. Sé que ellos me conducirán hasta Él.

En la parábola del Juicio Final (Mt 25,31-46), el amor es el criterio de valoración de la vida humana. Como expresaba mons. Pedro Casaldáliga: *«Al final de la vida me preguntarán: ¿has vivido?, ¿has amado?... Y yo enseñaré mi corazón lleno de nombres».*

Soy, porque me han amado. Ojalá, al final de mis días, pueda mostrarle a ese Dios que me amó primero un corazón lleno de nombres.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

ALESSANDRO PRONZATO
Salió el sembrador.
Las parábolas de los comienzos
104 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 7,00 €

En un mundo en el que parece primar lo aparente, lo espectacular y lo estrepitoso, la parábola del sembrador y las que le siguen pretenden hacernos conscientes de que las realidades decisivas tienen lugar en un contexto de pequeñez, escondimiento y silencio. Se trata de atravesar la corteza y adivinar la fuerza que actúa en lo más hondo. Debilidad y fuerza de la simiente. Lo importante permanece oculto a los ojos. Las transformaciones auténticas y decisivas se producen sin que aparentemente ocurra nada, sin concesión alguna a la curiosidad.

ST 95 (2007) 157-159

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

¿Nos dice algo hoy la «Populorum Progressio»? - (I)

Jon SAGASTAGOITIA, SJ*

En el año 2007 se celebra el 40 aniversario de la publicación de la Encíclica *Populorum Progressio,* primer documento del magisterio de la Iglesia que analiza la cuestión social desde una perspectiva mundial. En continuidad con la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* (1965), Pablo VI publica esta Encíclica en un contexto en el que la reflexión económica y política internacional se centraba en el desarrollo de los pueblos. Sin embargo, como señaló Juan Pablo II[1], la novedad de la Encíclica no fue tanto la afirmación de la universalidad de la cuestión social cuanto la valoración moral de esta realidad: gobernantes y ciudadanos de los países ricos, especialmente si son cristianos, tienen la obligación moral –cada cual según el grado de responsabilidad que le corresponda– de tomar en consideración, en sus decisiones personales y de gobierno, esta relación de universalidad, esta interdependencia que subyace entre su conducta y la miseria y el subdesarrollo de tantos millones de personas.

El contexto internacional en el que la Encíclica sale a la luz es de guerra fría entre los bloques capitalista y comunista; agravamiento de la contienda bélica en Vietnam; golpes de Estado en las naciones africanas de reciente constitución; despliegue del ejército norteamericano por Centroamérica y el Caribe ante el temor de una expansión del comunismo; revolución cultural en China, que borra en su territorio todo símbolo de la cultura occidental; movimientos sociales cada vez más significativos en América Latina, que en muchas ocasiones terminan

---

* De «Alboan». Bilbao.

1. JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis,* 9 (1987).

en conflictos armados: Guatemala, Chile, Perú, Bolivia... En Europa se suceden movimientos de jóvenes que piden cambios en la sociedad, lo que derivaría en el Mayo francés en 1968; Franco mantiene la dictadura en España.

Después de este repaso de «titulares», y siguiendo la estructura de la Encíclica, voy a extraer cuestiones que hoy, cuarenta años después, siguen teniendo plena fuerza y actualidad. Ya no se trata de dos bloques, uno comunista y otro capitalista, compitiendo por ser la solución global a la injusticia. Ni uno ni otro han sido solución. Las situaciones de injusticia permanecen y se agravan en esta época bautizada como de la «globalización»; y, como sucedía entonces, los colectivos más débiles siguen siendo abandonados a su suerte.

La Encíclica se estructura en dos partes. La primera, bajo el título «Por un desarrollo integral del hombre», incide en la importancia del ser sobre el poseer. Apunta que el concepto de desarrollo es más amplio que lo meramente económico. Exhorta a contemplar los signos de los tiempos, interpretarlos a la luz del Evangelio y abordar las injusticias con una acción conjunta que tenga en cuenta, además de los aspectos económicos, los sociales, los culturales y los espirituales. Centrarse en exclusiva en las realidades terrenas, ya sean materiales, ya sean intangibles, como el poder, llega a convertirse en un obstáculo para el crecimiento del ser y el acceso a Dios.

En esa época de despegue económico en Occidente, que en ocasiones «entronizaba» el sistema económico (ya fuera el de libre mercado, ya fuera el planificado), ella apunta algo tan elemental como con frecuencia olvidado: que la economía debe estar siempre al servicio de la persona y debe emplearse para reducir desigualdades, combatir discriminaciones y hacer a la persona capaz de ser por sí misma agente responsable de su mejora material, de su progreso moral y de su desarrollo espiritual. La persona es verdaderamente persona en la medida en que se hace ella misma autora de su progreso, según la naturaleza que le ha sido dada por su Creador y cuyas posibilidades y exigencias asume libremente.

La segunda parte, «Hacia el desarrollo solidario de la Humanidad», declara que el deber de solidaridad de las personas es también el de los pueblos: «los pueblos ya desarrollados tienen la obligación gravísima de ayudar a los países en vías de desarrollo»[2]. En esta línea, exhorta a quienes viven en los países ricos a la fraternidad bajo un triple aspecto:

– Asistencia a los más débiles, a los territorios torturados por el hambre. Afirma que, «replegadas en su egoísmo, las civilizaciones actualmente florecientes atentarían contra sus valores más altos, sacrificando la voluntad de ser más al deseo de poseer en mayor abundancia»[3]. Pablo VI anima a la creación de programas de cooperación internacional cuyo objetivo sea realmente asistir a las personas más necesitadas y no encubrir operaciones de dominación política y económica.
– Equidad en las relaciones comerciales: el libre mercado sólo es ventajoso cuando las partes compradora y vendedora se encuentran en situaciones similares. Por lo tanto, para que el comercio internacional sea justo debe asegurarse una cierta igualdad de oportunidades entre las partes. De manera similar a cuando se refería a la persona, Pablo VI exhorta a que unos pueblos permitan a los otros llegar a ser por sí mismos artífices de su propio destino.
– Llamada a la caridad universal. Muchos males del mundo radican en el acaparamiento de los recursos por parte de algunos. Nadie puede permanecer indiferente ante la suerte de sus hermanos y hermanas que todavía yacen en la miseria, presa de la ignorancia o víctimas de la violencia y la inseguridad. El corazón de los hombres y mujeres cristianos debe sentir compasión ante tanta miseria. Quien está animado de caridad auténtica es ingenioso para descubrir las causas de la miseria y para encontrar los medios de combatirla.

Finalmente, la Encíclica advierte de que las excesivas diferencias económicas, sociales y culturales entre los pueblos provocan tensiones y discordias y ponen la paz en peligro. El desarrollo libre de egoísmo combate la miseria y lucha contra la injusticia, favorece el progreso humano y espiritual de todas las personas y, por consiguiente, promueve el bien común de la Humanidad. «Si el desarrollo es el nuevo nombre de la paz, ¿quién no querrá trabajar con todas sus fuerzas para lograrlo?»[4].

---

2. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes,* 86 (1965).
3. PABLO VI, *Populorum progressio,* 49 (1967).
4. *Ibid.,* 87.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

MONIKA GRUHL
El Enneagrama.
Estrategias
para el propio desarrollo
208 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 13,00 €

¿Cómo puedo entenderme mejor? ¿Cómo puedo percibirme tal como soy y aceptarme con mis puntos fuertes y mis puntos débiles? ¿Cómo son las personas de mi entorno? ¿Por qué piensan y actúan como lo hacen, y no de otra manera? ¿Cómo puedo entenderme mejor con determinadas personas?... La solución puede ser el *enneagrama,* una teoría de la personalidad que distingue nueve estilos de personalidad o modalidades de carácter y pone de manifiesto el potencial de desarrollo de cada uno de dichos estilos y las vinculaciones dinámicas existentes entre ellos.

ST 95 (2007) 161-173

COLABORACIÓN

Jóvenes y migración: una oportunidad para la Iglesia y la Sociedad en Europa

José Magaña Romera*

Introducción

> «El que observa una partida de ajedrez ve más claro que el propio jugador»
>
> (*Proverbio chino*)

Ha de quedar claro desde el principio que las reflexiones que siguen son las de un jugador. Sin duda, sufrirán las limitaciones propias de quien se centra en su «propia partida» y en las características particulares de la misma. Esta introducción es para que sean conscientes de que no están ni ante las «observaciones de un observador» (no soy un experto en la reflexión) ni tampoco ante las «acciones de un jugador» (no les voy a contar lo que hago), sino ante las «observaciones de un jugador». Lo que sigue son las reflexiones que me hago desde la actividad pastoral en mi parroquia.

A los jóvenes que viven la migración en la situación actual y en sus circunstancias concretas tenemos que llevarles el mensaje de Jesús obedeciendo al *«Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he enseñado»* (Mt 28,19-20).

---

* Sacerdote. Coordinador Nacional de la Pastoral de Lengua Española en Bruselas. <ppmagana@skynet.be>.

El reto es cómo anunciar y ayudar a vivir la fe a los jóvenes migrantes en una sociedad postsecularizada. Y la cuestión central es si es necesaria o no una pastoral específica para este sector y las líneas de acción de la misma. Para encontrar vías de respuesta empezaremos analizando algunas de las circunstancias. Nos detendremos en tres presupuestos, que me parece afectan directamente a la cuestión: la situación de los jóvenes en general en un mundo postsecularizado; la pareja y la familia en esa misma realidad; y las estructuras pastorales.

1. Tres presupuestos o situaciones planteadas

1.1. La juventud y la Iglesia en una sociedad secularizada o postsecularizada

Más que de «sociedad secularizada», hoy se habla de «sociedad postsecularizada», ya que, como indica el sociólogo, recientemente desaparecido, José María Mardones, la secularización se veía como un proceso lento, pero imparable, hacia una sociedad sin religión, según manifestaban diversos indicadores en las sociedades modernas, especialmente europeas. Pero la religión no sólo se resiste a desaparecer, sino que hay síntomas de una cierta revitalización.

Es cierto, siempre según Mardones, que *«el momento actual parece caracterizarse, a nivel global, por una tonalidad fundamentalista de la religión. Una sensibilidad que acentúa la seguridad, frente a la libertad»*[1]. Esto ya nos da un primer indicador a tener en cuenta en la percepción de la religión por parte de los jóvenes. La juventud es el período de la vida en que la seguridad tiene menos valor. La búsqueda de libertad es el valor fundamental y casi único en esta etapa, y el deseo de aventura y riesgo una de sus características más propias. Ésta no será la única, pero sí puede ser una de las razones que expliquen la situación de la juventud española que aparece en el último informe de la Fundación Santa María, correspondiente al año 2005. Situación que se va pareciendo en todos los países europeos occidentales.

1. José María MARDONES, «Secularización», en *Nuevo Diccionario de Pastoral,* San Pablo, Madrid 2002, 1.360.

Según el informe, entre los jóvenes españoles se ha producido una precipitada aceleración del proceso de secularización[2]. Se ha pasado, de un 77% de la población que se consideraba católica hace diez años, a menos de un 50% en la fecha del mismo (por primera vez en la historia, menos de la mitad), lo que supone un descenso de más de 25 puntos. Y se señalan como causas la creciente secularización de la sociedad, los cambios políticos en una dirección claramente laicista y la desconfianza que suscita la Iglesia entre los jóvenes. Una de las razones de esta desconfianza son sus planteamientos en materia sexual. En 1994, dos terceras partes de los jóvenes españoles afirmaban que eran «miembros de la Iglesia y que pensaban seguir siéndolo». En 1999, ya eran sólo la mitad; y en el año 2005, un 29%. Tan sólo el 10% de los jóvenes se declaran católicos comprometidos. El acuerdo con las directrices morales de la Iglesia ascendía al 36% en 1994, mientras que hoy es solamente el 17%.

El cambio en la percepción de la Iglesia por parte de la juventud es claro. Pero quizá no sea sólo la percepción de los jóvenes lo que ha cambiado. Creo que también ha cambiado la presencia de la Iglesia en este mundo desarrollado y secularizado. No sé si hoy se podrían repetir las palabras del Cardenal Danneels dirigidas a los jóvenes en su carta de Navidad de 1989. En ella reconoce que pueden no estar equivocados cuando afirman que ven a la Iglesia *«mediocre en su discurso y tímida en su acción».* El Cardenal contesta diciendo que esto es en nuestro entorno, pero que se puede mirar a otros lugares donde a la Iglesia se la ve como progresista y es apreciada. Y señala, en concreto, América del Sur, Países del Este, Corea o Japón[3].

1.2. Parejas y familias en la sociedad europea occidental de hoy

La posición de los jóvenes ante la Iglesia está estrechamente ligada a la situación de la pareja y la familia en la sociedad de hoy y la posición que la Iglesia tiene ante esta situación. Si quisiéramos proponer una

2. Todos los datos que aparecen en este párrafo se pueden encontrar en Juan de Dios GONZÁLEZ-ANLEO, «Jóvenes y religiosidad», en *Resumen del Informe Jóvenes Españoles 2005,* Fundación Santa María, Madrid 2005, 13-15.
3. Card. Godfried DANNEELS, *Jeunesse. Courants et contre-courants,* Service de Presse de l'Archevêché, Malines 1989, 43-44.

exposición completa y objetiva de la situación de las parejas y familias en Europa occidental hoy, tendríamos que empezar diciendo... que sería muy difícil hacerlo.

Por eso me sitúo en mi «partida». Desde hace dos años, soy el responsable de la comunidad de lengua española de Bruselas-Centro, barrio de Marolles. Sé que vivo una situación particular: un barrio conflictivo, que por lo mismo se convirtió en laboratorio de experiencias de convivencia intercultural. Y una ciudad muy especial, la capital de Europa. Sabemos también lo significativo que puede ser para el resto de Europa lo que sucede en Bruselas.

Al situarme en «mi partida», me baso en mi experiencia, que sin duda será muy parcial, pero intentaré acompañarla de algunos datos cuantitativos de investigaciones y estudios sociológicos. No solemos tener muy en cuenta estas aportaciones de las ciencias humanas a la hora de plantear la pastoral. Por ello, muchas veces nuestras propuestas no están en consonancia con una realidad que nos es poco o mal conocida. Es más, como hoy los datos objetivos no suelen sernos muy favorables, tendemos a menospreciarlos e ignorarlos.

Los datos nos dicen que ha retrocedido mucho el matrimonio civil y que tiende a aumentar la edad media de las personas que se casan, así como el número de matrimonios de divorciados. Se constata, además, la disminución de los matrimonios religiosos cristianos, fenómeno que admite dos explicaciones: la disminución del número de creyentes y el temor de algunos jóvenes católicos a comprometerse en un matrimonio indisoluble. Y se constata el aumento considerable del número de divorcios[4].

Esta situación vivida así por los jóvenes en general es mucho más aguda, al menos en mi parroquia, entre los jóvenes emigrantes, que a la situación descrita añaden rupturas familiares provocadas por la emigración separada del padre y de la madre, matrimonios y divorcios de conveniencia (más numerosos de lo que parece en países que han cerrado las puertas a la emigración legal), reagrupaciones familiares traumáticas (realizadas unilateralmente por parte de la madre o del padre,

4. El análisis y los datos utilizados aquí están tomados de Philippe WEBER, *Couples et familles en Belgique. Des défis pour l'Église,* Conferencia pronunciada en la Asamblea General de las COE, 16 de mayo de 2006.

en las que reencuentran a progenitores extraños, sea por el tiempo que han pasado lejos de ellos en una edad muy sensible, sea porque muchas veces los encuentran casados o viviendo en pareja con personas nuevas desconocidas para ellos). De todo esto no poseo datos objetivos, pero me parece que es una situación muy extendida.

Otra situación, propia o específica de los jóvenes migrantes, que influye en su manera de vivir la fe, es la fractura generacional en lo que respecta al aspecto religioso. En la transmisión del camino de fe es importante el contexto en el que uno crece. El joven emigrante recibe de sus padres tradiciones y comportamientos religiosos que ellos han traído de su tierra de origen. Pero estos comportamientos no los encuentra el joven en el nuevo contexto en el que él vive, por lo que le resulta difícil asumirlos y vivirlos. Con mucha facilidad, tiene la tentación de suprimirlos para insertarse mejor en la situación cotidiana de vida, que es una realidad fuertemente secularizada.

En esta situación es donde debe afrontarse la cuestión de la transmisión y la vivencia de la fe. Para el niño y para el joven es bastante difícil encontrar un clima favorable en una familia secularizada y dividida. Tampoco va a encontrar un clima mejor en la escuela, donde las clases de religión, donde aún existen, se presentan con no menos dificultades.

1.3. Estructuras pastorales

Los debates en torno a la pastoral de migraciones son, en la mayoría de los casos, debates sobre las estructuras pastorales más adecuadas. Como decía Jean Monet, uno de los padres de la Unión Europea, «para hacer cosas son importantes las personas; para que permanezcan, hay que pensar en estructuras».

Hoy está en cuestión también la estructura pastoral por excelencia heredada en la modernidad, proveniente de épocas anteriores: la parroquia. Esta estructura nació a lo largo de un dilatado y complicado proceso. Al principio, la Iglesia era una realidad urbana, con una fuerte concentración en torno a la Iglesia episcopal. Cuando toda la sociedad fue cristianizada, cambió la situación. La presencia en todas partes y la accesibilidad eran elementos esenciales. Así nace la parroquia. Pero aquella situación en la que nacieron y se desarrollaron las parroquias ha cambiado en la modernidad. En algunos lugares se están iniciando pro-

cesos de transformación de estas estructuras. Es el caso del Vicariato de Bruselas, de manos de Mons. De Kesel como actor principal[5].

Aunque signifique adelantar aquí una propuesta, me parece muy interesante el planteamiento de Gilles Routhier[6] de superar el concepto de Iglesia-comunidad y sustituirlo por el de Iglesia-asamblea. El término «comunidad» para referirse a la Iglesia no se utiliza en el Nuevo Testamento. Este término designa un tipo de sociabilidad distinto de la asamblea, fruto de dinámicas sociales diferentes. En el mundo rural, la interrelación entre comunidad de habitantes y asamblea eucarística funcionaba. Estas comunidades naturales integraban armoniosamente las dimensiones religiosas y sociales. Las características de la parroquia urbana han hecho que en ella se plantee la cuestión de la relación entre comunidad y asamblea. Aunque curiosamente, como afirma Routhier, la parroquia creyó poder anular esta tensión definiéndose como comunidad.

2. La actitud de la Iglesia Católica y propuestas pastorales

2.1. Pastoral específica de migraciones y estructuras propias de atención pastoral

Las migraciones son un signo de los tiempos[7] y, por lo mismo, un buen lugar teológico para construir pensamiento y orientar la acción de la Iglesia en estos momentos. Al discutir sobre la pastoral de migraciones, siempre surgen dos cuestiones: ¿debe ser ésta una pastoral específica o no?; ¿y cuáles han de ser las estructuras desde las que afrontar el reto?

No vamos a discutir la especificidad de la pastoral de migraciones sancionada por la normativa eclesial. Intentamos clarificar su significado. A ello puede ayudarnos la visión de Julio Ramos, que define la

5. Mons. Josef DE KESEL, *Avenir des paroisses et présence de l'Église a Bruxelles,* Documents Pastoraux du Vicariat de Bruxelles, n. 2, p. 7.
6. Gilles ROUTHIER «Communautés-réseaux-assemblée. Penser l'Église dans un monde pluriel» : *Theophylyon* XI-1 (2006), pp. 71-93.
7. CONSEJO PONTIFICIO PARA LA PASTORAL DE LOS MIGRANTES E ITINERANTES, Instrucción *Erga migrantes caritas Christi* (2004), I parte, p. 21.

pastoral como una manifestación epifánica de la eclesiología[8]. Al hablar de pastoral de migraciones, la Iglesia entiende una «pastoral específica», equiparada a otras: las de enfermos, universitarios, obreros, etc.; pero nunca se ha entendido como «pastoral discriminada», sino como medio para asegurar el derecho de los emigrantes a ser atendidos «igual» que los fieles ordinarios[9]. La especificidad consiste en atender a la diversidad cultural, teniendo en cuenta otros elementos como la exclusión, la realidad obrera, etc. Pastoral que ha de estar integrada y coordinada en el Plan Pastoral de la Iglesia local.

La cuestión, por tanto, es, más bien, cuáles son las estructuras pastorales más apropiadas para llevarla a cabo. Las misiones o capellanías para emigrantes, como experiencia vivida, han tenido un papel importante en la cohesión de la comunidad creyente migrante. La instrucción *«Erga migrantes caritas Christi»* afirma que las fórmulas de la pastoral de migraciones válidas hasta ahora deben seguir manteniéndose, siempre con el fin de buscar la «comunión» entre las comunidades eclesiales.

El objetivo de la pastoral es constituir asamblea en el seno de la parroquia, más allá de las diferencias, sean de clase, de edad, de grupos de interés, etc. El anuncio de la Palabra de Dios a todos los que residen en el territorio de la parroquia sigue siendo responsabilidad del párroco[10]. La parroquia es la célula de la vida cristiana y tiene la primera responsabilidad en el anuncio de la fe. Lo cual significa que el párroco debe preocuparse por los emigrantes de su parroquia.

La tensión entre la utopía de una *koinonia* universal y el respeto a la diversidad se salva en la catolicidad, como nota de la Iglesia que expresa su «capacidad de todo». Y la catolicidad se encuentra protegida por el principio territorial, que no es sólo un principio práctico de organización, sino que, cuando el territorio es lo bastante amplio como para permitir la presencia de una diversidad significativa, tiene también incidencias teológicas. Hasta hace poco, este espacio era el diocesano. Siempre se rechazó la constitución de diócesis sobre bases lingüísticas o étnicas, a pesar de que se proponía y aceptaba la formación de co-

8. Julio Ramos, *Teología Pastoral,* Bac, Madrid 2004, p. 10.
9. Pío xii, Constitutio Apostolica *De spirituali emigrantium Cura (Exsul Familia),* en *AAS* 44 (1952) 692.
10. Cic, cc. 528 § 1.

munidades sobre esta base. La razón es la regla del primer concilio ecuménico, que sanciona *«que no haya dos obispos en la ciudad»*[11], con lo que liga territorio e Iglesia[12].

En este sentido, la Iglesia en el pasado consideró como su deber, en una sociedad de cristiandad, ocupar todo el terreno. Ésta es la situación que ha cambiado y a la que nos debemos adaptar. Territorialidad, por tanto no significa hoy «ocupar todo el terreno», sino que existan suficientes lugares, como espacio de asamblea, en los que los cristianos y las comunidades vecinas se puedan reunir y que sean lugares que irradien hacia el exterior[13]. La comunión y la corresponsabilidad han de ser el motor de las mismas.

Éste puede ser el nuevo modelo de parroquia o unidad pastoral, que ya contempla también la Instrucción *Erga migrantes*[14]. La cuestión que nos interesa, tras la reflexión anterior, es cuáles han de ser ahora las estructuras pastorales adecuadas para las comunidades de origen extranjero que permitan desarrollar una pastoral de conjunto en la que se den la comunión y la corresponsabilidad. Si atendemos a las sugerencias de la Instrucción pontificia[15], las estructuras podrían ser:

a) Si contemplamos la pastoral étnico-lingüística,
   - *missio cum cura animarum* para grupos étnicos nacionales o de un determinado rito aún no estabilizados;
   - *servicio pastoral étnico-lingüístico de zona,* concebido como acción pastoral en favor de los cristianos de origen extranjero relativamente integrados en la sociedad local.

b) Si contemplamos la pastoral de conjunto,
   - *parroquia intercultural e interétnica o interritual,* en una parroquia en la que los cristianos de origen extranjero viven en el territorio parroquial;

11. Concilio de Nicea I, 325, cc. 8.
12. Cf. G. ROUTHIER, *op. cit.,* pp. 89-92.
13. Cf. Mons. DE KESEL, *op. cit.,* p. 8. A Gilles Routhier le parecen peligrosas las rupturas del principio de territorialidad en los dos presupuestos en que se han dado: la prelatura personal del Opus Dei y la diócesis para las fuerzas armadas : G. ROUTHIER, *op. cit.,* p. 91, nota 32. La revisión de la territorialidad debe ir, más bien, en el sentido indicado de crear espacios de asamblea, construidos desde la comunión y la corresponsabilidad.
14. Cf. *Erga migrantes,* 95.
15. Cf. *ibid.,* 91-93.

– *parroquia local, con servicio para los inmigrantes de una o varias etnias, de uno o varios ritos,* en parroquias en las que los cristianos miembros de las comunidades de origen extranjero no viven en el territorio de la parroquia.

Estas mismas estructuras podrían repetirse cuando es la unidad pastoral la que asume las funciones de la parroquia.

2.2. La pareja, la familia y los jóvenes

Las directivas doctrinales de la Iglesia en el campo de la familia, las relaciones de pareja y la moral sexual son una de las causas más importantes del alejamiento de los jóvenes de la Iglesia hoy. Mi percepción es que tal vez se esté desenfocando, sobre todo, el modo de presentación de la riqueza doctrinal de la Iglesia en esta materia. Muchas veces, las intervenciones públicas de obispos y eclesiásticos en defensa de las legislaciones sobre la familia, nuestras homilías, las clases de religión y moral, etc., se perciben como una cruzada para que las cosas «no dejen de ser como siempre han sido». La prensa nos coloca en ese rol, nosotros lo asumimos, y los jóvenes así nos ven.

Cuando lo hacemos así, nos emplazamos en un terreno falso, que nos sitúa en desventaja. Porque no es cierto que las cosas «no tienen que dejar de ser». Un gran número de los jóvenes de nuestras sociedades postsecularizadas perciben con claridad que eso «ya no es así»[16] desde hace tiempo. Por lo que, en todo caso, podríamos presentar la doctrina eclesial como el «deber ser». Más con una visión de futuro deseable que de pasado a mantener a toda costa[17].

---

16. FAD, «Introducción», en *Dossier II Congreso: La familia en la sociedad del siglo XXI,* Madrid-Valencia-Sevilla 2004, p. 4.
17. Este fue el talante de BENEDICTO XVI en el V Encuentro sobre la Familia de Valencia. No sólo no presentó denuncias en plan negativo, sino que, cuando se reunió con las familias, les dijo: *«La familia es una institución intermedia entre el individuo y la sociedad, y nada puede suplirla totalmente. Ella misma se apoya sobre todo en una profunda relación interpersonal entre el esposo y la esposa, sostenida por el afecto y la comprensión mutua. Para ello recibe la abundante ayuda de Dios en el sacramento del matrimonio, que comporta verdadera vocación a la santidad. Ojalá que los hijos contemplen más los momentos de armonía y afecto de los padres, que no los de discordia o distanciamiento, pues el amor entre el padre y la madre ofrece a los hijos una gran seguridad y les enseña la belleza del amor fiel y duradero»:* Discurso en el encuentro con las familias, V Encuentro Mundial, Valencia 2006.

Esto por lo que se refiere al modo de presentación. Pero en la misma doctrina también se perciben faltas de ajuste. La liberación de la mujer en la modernidad, con todo lo que ha significado cultural, social y sexualmente, sigue siendo una asignatura pendiente para nuestra Iglesia. Así como la superación y sustitución de una cultura *rural y «de clanes»,* donde el discurso «natural-naturaleza» era normal, por una cultura *urbana e «individualista»,* donde lo natural se convierte en algo deseado, pero extraño y muchas veces temido. Y aquí no vamos a hacer ahora esos ajustes: no es nuestro papel; sólo constatamos que en los planteamientos de la Iglesia se dan estas lagunas, que explican la situación que exponemos.

Todo esto queremos tenerlo en cuenta a la hora de la acción. Nos planteamos qué hacer con los jóvenes y encontramos pocos caminos en pastoral juvenil. Desde luego, tenemos que partir de la situación real en la que ellos viven. La preparación al matrimonio y el trato a los divorciados es otro de los caballos de batalla. Cierto que en la acción pastoral las situaciones personales matizan la doctrina general. Pero la experiencia de los pastores es la de encontrarnos perplejos entre la doctrina («lo que debe ser«) y la realidad. En este sentido, estoy de acuerdo con Ph. Weber cuando afirma que, sobre este tema, el episcopado belga, en el plano doctrinal, asegura la difusión amplia de todos los documentos llegados de Roma, y ante los simultáneos y numerosos desafíos relativos a la pareja y la familia se adoptan posturas pastorales más pragmáticas, intentando no estigmatizar ninguna situación y esforzándose por promover una imagen de una fe y una Iglesia que liberan lo mejor de la humanidad. Hasta cuándo se podrá mantener esta difícil posición, es algo que no tengo muy claro[18].

3. Propuestas para una pastoral de migraciones rejuvenecida para jóvenes

Para terminar, una serie de propuestas concretas de pastoral con jóvenes migrantes. No voy a proponer acciones, que dependerán de cada circunstancia, sino líneas de acción. Considero la situación de estos jó-

18. Ph. WEBER, *op. cit.,* p.10.

venes muy similar a la de los jóvenes en general, pero con una serie de características propias de la situación específica en la que viven. Esas circunstancias no se pueden olvidar y han de ser tenidas en cuenta.

3.1. La primera línea de acción, propuesta ya en el título de este apartado, no sería específica, sino genérica y necesaria en toda nuestra pastoral. Se trata de ofrecer una pastoral rejuvenecida.

Nuestra pastoral se ha hecho muy mayor, tanto en agentes como en estructuras, propuestas y talante. La clave para esta renovación nos la da Benedicto XVI en el encuentro con las familias de Valencia. Decía que, si los hijos *«ven que sus padres –y en general los adultos que les rodean– viven la vida con alegría y entusiasmo, aun a pesar de las dificultades, crecerá en ellos más fácilmente ese gozo profundo de vivir que les ayudará a superar con acierto los posibles obstáculos y contrariedades que conlleva la vida humana»*[19].

Ese «entusiasmo» y, sobre todo, esa «alegría» que pide el Papa para los padres es igualmente necesario encontrarlos en nuestra acción pastoral, que, por el contrario, suele dar una imagen bastante aburrida y triste. Creo que ésta debería ser una prioridad en los pastores: recuperar la alegría. Y no sólo en los contenidos y planteamientos, sino sobre todo en los agentes y testigos.

3.2. Si nos fijamos en los *sujetos* de esta acción pastoral, hemos de tener muy claro que se trata de una pastoral a desarrollar con los jóvenes migrantes. Ellos son no sólo el objeto, sino los sujetos de esta pastoral. Esto es obvio; pero a veces, por obvio, lo olvidamos. Y lo característico de estos jóvenes, por la facilidad de adaptación de todo joven, es que son biculturales y pertenecen a una cultura-puente. Esto lo vamos a encontrar en sus símbolos juveniles: moda, música, amistad y relación de pandilla, etc. Todas estas cosas, tan importantes para los jóvenes, y fundamentales en la pastoral juvenil, ahora se desdoblan: por ser jóvenes, les gustará la música joven de moda, pero les va a llegar y estarán muy atentos a la de su tierra de origen. Lo mismo sucederá con la estética en la apariencia física; con la moda en el vestido; con las

19. BENEDICTO XVI, Discurso en el encuentro con las familias, V Encuentro Mundial. Valencia 2006.

formas de vivir la amistad y con los mismos lugares de encuentro. Con estos jóvenes, digo con ellos, hemos de hacer el camino de fe.

3.3. Hay que «llevar» el anuncio adonde ellos están. Para eso es fundamental la cuestión de los *agentes de pastoral.* Mi experiencia –gracias a ella conozco bastante las comunidades y la pastoral con los españoles en Europa– es que en nuestras comunidades, capellanías o misiones para extranjeros, los equipos pastorales..., o no existen, o sus componentes están reducidos al mínimo y son muy mayores. Es necesario buscar agentes jóvenes, animarlos, confiar en ellos y dejarles hacer. Los pastores oficiales no solemos saber delegar responsabilidades. Nos ocupa todo el tiempo hacer cosas, y no lo tenemos para buscar y animar agentes de pastoral para cada campo.

Cierto que aquí la mentalidad occidental del norte de Europa es un lastre, porque no hay agentes ni voluntarios si no están pagados. Me parece urgente recuperar la gratuidad en la acción pastoral. Entre los jóvenes, esta generosidad es más fácil de promover y encontrar.

3.4. En cuanto a las *estructuras pastorales,* creo que el lugar desde dónde se han de estructurar las acciones aún corresponde a las comunidades, misiones o capellanías para extranjeros. Si existe para estos jóvenes algún lugar eclesial de referencia, es ciertamente éste. En nuestras comunidades o capellanías debería haber una sección de pastoral juvenil, lo mismo que en cualquier parroquia. Si ésta se pone en marcha, me atrevo a decir que ellos, los jóvenes, nos ayudarán a conectar con las estructuras diocesanas de pastoral juvenil, que también deben estar muy atentas a esta realidad. El sino del migrante, sobre todo de la segunda generación, es ser puente y vivir en el puente.

3.5. Esta realidad de doble cultura o cultura-puente, de la que ya he hablado, ha de ser tenida en cuenta en los *contenidos.* Para la primera generación es muy importante el mantenimiento de sus raíces para la vivencia de la fe. Pero para la segunda esas raíces son ya «adventicias». Por ejemplo, ya hice referencia a la pastoral de migraciones que conozco (la pastoral con los españoles en Europa): hoy se sigue haciendo prácticamente la misma «oferta» –sólo que ya sin la misma energía– que hace veinte o treinta años (además, con los mismos agentes, pero envejecidos); hemos pensado que lo que sirvió para la primera ge-

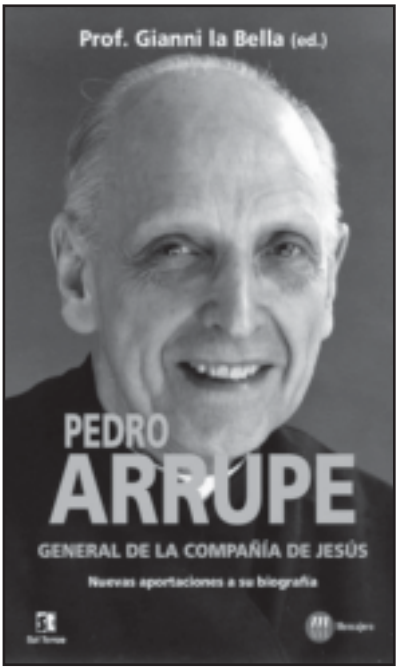
neración serviría para los que venían detrás. Pero la segunda y tercera generaciones no viven en los barrios donde vivió la primera, no están en las asociaciones, no hacen la vida de sus padres, ni tampoco están en la Iglesia, aunque los veamos en los momentos de la demanda de los sacramentos «de vida social». Nos puede servir de excusa decir que en la Iglesia no hay jóvenes, y que ésa ha sido la integración de los nuestros; pero es eso: una excusa.

Si se me permite una simplificación: la primera generación creía en Dios y necesitaba encontrarse con sus raíces para vivir su fe; la segunda ha arraigado en la nueva realidad, mantiene la cultura de los padres y no cree en Dios. En efecto, el gran reto de nuestra pastoral juvenil ha de ser ayudar a los jóvenes a descubrir a Dios –cuestión fundamental en el mundo de hoy– en su situación concreta. La Iglesia, la moral, la liturgia, etc., cuestiones que tanto nos preocupan a nosotros, no son su problema. Por eso han de venir después.

Hasta aquí nos hemos ocupado de la situación de los jóvenes de cultura cristiana occidental. Podemos ver, en concreto, cómo en nuestras sociedades europeas se está convirtiendo en un fenómeno común la marginación de los jóvenes musulmanes[20]. Merecería otra reflexión la situación de los jóvenes de otras culturas y religiones.

20. *«Los jóvenes musulmanes se convierten en un problema en la medida en que se sienten tolerados (y poco más) en cuanto jóvenes, y rechazados en cuanto musulmanes. Ser musulmán hoy en Europa ciertamente no es nada fácil. El islam tiene muy mala prensa, y los jóvenes musulmanes se sienten bajo sospecha»:* Bruno DUCOLI, Entrevista en *Ventana Europea* 67 (2006), p. 19.

Ediciones MENSAJERO | **Editorial SAL TERRAE**



NOVEDAD

GIANNI LA BELLA (ED.)

Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús.

Nuevas aportaciones a su biografía

1.080 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 45,00 €

Una de las personalidades más significativas del siglo XX, uno de los protagonistas de la renovación del catolicismo y de la vida religiosa. Superior General de los jesuitas de 1965 a 1983, Pedro Arrupe fue el artífice de la renovación conciliar de la Compañía de Jesús. Su actuación ha sido a menudo objeto de juicios contradictorios y opuestas valoraciones.

Estas páginas utilizan nuevas fuentes en gran parte inéditas, liberando el generalato del padre Arrupe de una especie de «marginación» histórica que lo ha acompañado sobre todo después de su muerte y devolviéndonos una imagen de Arrupe contrastada y veraz, que hace justicia a su persona y a su legado.

ST 95 (2007) 175-184

«APRENDER A REZAR CON...»

2. Orar con los cantos de Taizé

HERMANO ÉMILE*

Se decía del hermano Roger de Taizé que tenía el don de ponerse en el lugar del otro, de comprender lo que otra persona era capaz de sentir, algo que es especialmente verdadero para la oración. En este ámbito, como en muchos otros, el fundador de Taizé era capaz de comprender los bloqueos del hombre y de la mujer de hoy y, sobre todo, los de los jóvenes. Se ponía en su lugar e imaginaba sin dificultad lo que podían experimentar al entrar en una iglesia por primera vez. Pero el hermano Roger no podía solamente comprender. Le habitaba una pasión, acompañada de una capacidad para crear, para suscitar respuestas y colaboraciones fecundas. El sociólogo constata, lo cual es útil; pero el profeta va más allá: abre caminos, transforma las ideas en realidades visibles. Para muchos de nuestros contemporáneos la oración parece inaccesible: algo que los demás pueden hacer, pero yo no. Esta pasión por hacer accesibles las fuentes de la confianza en Dios a muchas personas, las fuentes de la oración, es lo que llevó a la creación de los cantos de Taizé.

---

* De la Comunidad de Taizé (Francia). <emile@taize.fr>. El título original francés de este artículo es «Prier avec les chants de Taizé». La traducción al español es de Almudena González del Valle.

Buscar sendas nuevas

Antes de la llegada masiva de jóvenes a Taizé e incluso varios años después, el francés era el idioma de la oración comunitaria. Como testimonian las ediciones sucesivas de «La alabanza de los días», el libro de oración de la comunidad, eran numerosos los textos bíblicos, los salmos, los cánticos. Incluso cuando se repartía una traducción de ellos, la participación de los no iniciados y de aquellos que hablaban otras lenguas era bastante marginal. El hermano Roger no estaba satisfecho y deseaba que todos pudieran participar pronto. Con este fin, encargó a un hermano que buscara sendas nuevas.

De este modo, el hermano Roger le pidió al hermano Robert, gran amigo de España, médico, enamorado de la música, dotado de una energía poco común, la búsqueda de formas musicales aptas para garantizar la participación de todos. El hermano Robert comprendió rápidamente que ello significaba orar con textos cortos. Ahora bien, el hermano Robert descubrió que en la Edad Media los peregrinos oraban muy a menudo con unas cuantas palabras, con cantos repetitivos, a veces con forma de canon. Así ocurría en Montserrat en la Edad Media.

El hermano Robert hizo participar a Jacques Berthier en esta búsqueda. Berthier era compositor y organista en París, y la comunidad ya le conocía, pues en los años cincuenta había compuesto cantos para ella. Jacques Berthier se tomó en serio el encargo y afrontó el reto. Presentó al hermano Robert algunos cantos sencillos; para no privilegiar una lengua viva sobre otras, en un primer momento estos cantos fueron todos en latín, pero durante los años siguientes también contribuyeron a ellos la mayoría de las lenguas europeas. El hermano Robert los ensayaba varias veces con los jóvenes en Taizé, reenviaba a Jacques Berthier lo que no funcionaba y proponía cambios. De esta forma, cada canto es el resultado de una estrecha colaboración entre el compositor, que tuvo la humildad de revisar su trabajo, y el tan meticuloso director de coro que era el hermano Robert.

Los primeros cantos compuestos por Jacques Berthier empiezan a ocupar un lugar en la oración de Taizé a partir de 1975 (hubo un primer canon en 1974). Pero tienen un peso relativamente limitado. Continúa haciéndose la oración con textos bastante largos en francés; pero, en vez de terminar a una hora precisa, como antes, la oración común se prolonga con cantos breves, compuestos en este nuevo estilo, a

veces en forma de canon u *ostinato*. La oración, por tanto, tiene dos partes. La comunidad de hermanos se reúne al completo para la primera parte, y después aquellos que lo deseen pueden permanecer en la iglesia con los jóvenes para continuar con el canto. Nadie conoce de antemano la duración de esta segunda parte ni sabe la duración de cada canto.

Un espacio de libertad

Si bien la oración ceñida a la repetición de algunas palabras no es totalmente desconocida en la historia (el Rosario, la oración de Jesús...), los ejemplos se limitan casi siempre a la oración personal. Al proponer esta forma de oración comunitaria, el hermano Roger innovaba. También innovaba al no fijar la duración de cada canto. El jesuita Joseph Gelineau, que además compuso algunos cantos de Taizé, comentaba admirablemente esto:

> «En la historia de la música occidental se ha producido un fenómeno muy importante que, al final, ha marcado a la liturgia y al canto dentro de la liturgia. Se trata del control de la duración. En la liturgia lo tenemos todo bien encuadrado. Es muy evidente en la nueva Liturgia de las Horas, con un himno, tres salmos, un responsorio, etc.; se sabe exactamente cuánto va a durar. Esto tiene ventajas incontestables, pero también se pierde mucho. Y el hecho de descubrir nuevamente esta música continua, que comienza y termina cuando quiere, tiene una ventaja muy grande: crea un espacio de libertad. Por muy paradójico que pueda parecer, esta especie de vacío ofrece al Espíritu la posibilidad, y a la vez el silencio, de intervenir. Sobre todo, cuando se repiten las mismas palabras, puesto que en ese momento ya no se ocupa el intelecto con conceptos ni se preocupa uno por su duración, preguntándose cuánto tiempo va a durar. Y pienso que hay aquí algo muy importante que permite reencontrar una dimensión de la oración: la gratuidad. Dimensión en la que no se mira el reloj y donde no se intenta controlar la duración a través del canto»[1].

1. He recogido estas palabras del Padre Joseph Gelineau en el curso de una entrevista con él para nuestra película *Orar con los cantos de Taizé* (DVD en varias lenguas [francés, inglés, italiano, alemán, polaco, sueco, lituano], editado por Presses de Taizé, 2006).

Oración personal y comunitaria

Otro aspecto interesante de esta oración es su capacidad para articular la oración personal y la oración comunitaria. Quien entra en la iglesia de Taizé no puede dudar de que se halla en presencia de una oración comunitaria: las voces se unifican armoniosamente, todos están vueltos en la misma dirección, todos escuchan el mismo texto de la Palabra. Hay ahí una comunidad en espera. Al mismo tiempo, y de manera incontestable, la oración sigue siendo algo eminentemente personal. La débil luminosidad (sólo algunos iconos están iluminados) invita ya a la interioridad. No se puede cantar «Cristo Jesús, oh fuego que abrasa, que las tinieblas en mí no tengan voz» sin que cada uno interpele sus propios combates con la oscuridad, su propio camino hacia la luz. Al cantar el verso final de este canto –«y que en mí sólo hable tu amor»–, se relativiza ya la tiniebla, se le niega el control. En estos combates y en esta apertura de cada uno a la luz no estamos simplemente ante una suma de individuos yuxtapuestos. Cantar estas palabras con los demás significa comprender que incluso el combate más personal es un combate compartido, llevado con los hermanos repartidos por todo el mundo (1 Pe 5,9). Al aceptar «librar el buen combate de la fe» se acepta la parte de los sufrimientos que toca, situando la lucha interior dentro de un conjunto más amplio. Estamos todos juntos en una misma barca, y se trata de mantenerse en la confianza. Estamos juntos para esto. Precisamente Dios nos concede ese estar juntos para resistir, llevándonos hacia la confianza, en la dinámica de «llegar a ser creyente» en vez de convertirse en incrédulo (Jn 20,27).

El silencio

Lo que contribuye a que cada oración se vuelva personal, lo que proporciona una especie de «estuche» al canto (¿o es quizá al revés?) es el largo tiempo de silencio que se da en el centro de cada oración común. El silencio de la oración común no es el mismo que un silencio pasivo, vivido aisladamente. «El canto prepara para el silencio», me decía un joven irlandés. «Y mis pensamientos se vuelven buenos». Puede ser que el canto haya conseguido apaciguar el corazón, el cual, liberado de su inquietud, puede abrirse a una presencia. El silencio se

convierte entonces en un silencio habitado. Es posible «gustar» esta presencia, diría el autor del salmo 34. Y puede volver a nacer el deseo de cantar.

He hablado de un corazón apaciguado. Pero habría sido igualmente acertado hablar de «un corazón despierto», pues ¿no es un despertar de corazón profundo lo que ocurre en esta oración? Son numerosos los hermanos de Taizé que han escuchado la siguiente observación de labios de los jóvenes: «Aquí me siento como en casa». Los que así se expresan no se refieren ni al alojamiento ni a la alimentación (¡a todos les deseamos una casa más confortable y comidas más sabrosas!), sino a una experiencia profunda de fe, donde se ha despertado en ellos lo más personal, aquello que la Biblia denomina «corazón», «el verdadero yo», una identidad que no es la del rendimiento (académico, deportivo o cosmético), sino la de ser hijo. Puesto que rezar es revestirse con las vestiduras de hijo.

El teólogo ortodoxo Olivier Clément, cuya mirada sobre Taizé es una de las más certeras, porque llega al fondo de las cosas, señala cuán raras son hoy en día las ocasiones que permiten este despertar, y comenta de la manera siguiente la oración en Taizé:

> «En Taizé, el silencio está precedido y seguido por el canto, de manera que el canto lo penetra, y el silencio se vuelve oración. Ahí, las fuerzas profundas que están en cada uno, y que no se despiertan habitualmente, comienzan a aflorar... Estamos inmersos en una cultura que favorece la inteligencia, el deseo, la sexualidad, algunas veces también el ardor, la violencia en los fenómenos colectivos..., pero muy poco el "corazón", en el sentido del ser más esencial de la persona». [Más adelante escribirá: Las fuerzas del corazón, los espacios del corazón, quedan baldíos»: pp. 74-75]. «El hombre de hoy vive esencialmente en estas tres dimensiones: la intelectual, la dimensión del ardor, de la agresividad, de la violencia, y la dimensión del deseo que es triturado sin cesar por todo el ambiente de la época. El problema es precisamente hacer que descienda la inteligencia y que suba el deseo, en el corazón, que es el crisol en donde se van a purificar en el fuego de la gracia y donde el ser humano va verdaderamente a unificarse y superarse, a unificarse y abrirse»[2].

2. Olivier CLÉMENT, *Taizé: un sentido a la vida,* Madrid, Narcea 2000², pp. 71-72.

Y el propio Olivier Clément, que conoce muy bien la tradición cristiana, añade:

> «En el cristianismo hay toda una tradición de la repetición pacificadora que, en cierta manera, vacía al intelecto de su agitación, le permite unirse al corazón y disponerse para la oración».

Dificultades actuales para el recogimiento

No puede uno deshacerse de la agitación tan fácilmente como querría. Hoy día, quien quiere rezar experimenta mucha dificultad para recogerse. El silencio interior no llega. El espíritu está todavía acaparado por las preocupaciones, por las tareas cumplidas o por aquellas para las que todavía no ha encontrado tiempo de cumplir (lo cual es incluso más agotador). Lo que hay que hacer puede hacerse rápidamente, y casi no importa dónde, gracias al teléfono móvil, al correo electrónico, a los medios de transporte más eficientes... Pero basta que uno de estos medios falle o se estropee, que se produzca un atasco en la carretera, para que la tensión aumente de inmediato. En épocas pasadas, el anhelo habría sido menos importante, más lento el paso de una acción a otra. El ritmo acelerado de la vida contemporánea incrementa el estrés. No es de extrañar que el cansancio y los nervios se generalicen y que el recogimiento sea arduo, por no decir inaccesible. Para un espíritu agitado, la abundancia de palabras en la oración agrava aún más la dificultad. Las palabras se deslizan hasta la superficie sin penetrar en el corazón, y el que quiere orar se reprocha no dejarse impregnar, o simplemente se cansa de la sucesión de palabras. Aquí es en donde el canto repetitivo puede ser útil, ya que no exige un recogimiento sin resquebrarse. Al principio, las palabras a lo mejor no me alcanzan, o muy poco. A fuerza de cantar, lo que canto comienza a penetrarme. «Nada te turbe, nada te espante...». Heme aquí llamado a deshacerme de mi inquietud, a soltar amarras, a hacer lugar para otra cosa. Algo logra fracturar mi caparazón. Me abro a una presencia. Pero la inquietud es tenaz. Vuelve después de haberme abandonado unos instantes. Mi espíritu está otra vez agitado por mis problemas. Le doy vueltas en mi cabeza a mil soluciones. El canto, mientras tanto, continúa con la misma llamada. Vuelvo a entrar de nuevo. El hombre moderno puede quizá consentir con este vaivén, con este recogimiento progresivo, inter-

mitente o imprevisible. Exigir la perfección en este ámbito no hace más que aumentar la frustración. Nuestra oración es pobre. La oración con el canto repetitivo es la oración del hombre pobre.

La madera y la brasa

Quisiera añadir una última observación con relación a la duración. Hablando de la oración, un padre del desierto explica que, al igual que la madera, cuando entra en contacto con la brasa, necesita un cierto tiempo para encenderse, así es nuestro corazón. También necesita tiempo. Es verdad que la sobrecarga de actividades constriñe a menudo a tiempos de oración breves (está bien, es mejor esto que nada), pero también la palabra del padre del desierto vale para nuestra época. En Taizé, los que participan en los encuentros semanales saben que la oración de la tarde se prolonga durante largo tiempo (en realidad, nadie sabe la hora a la que termina). Los hermanos están presentes todos ellos durante una hora; después, la comunidad se retira. Varios hermanos, sin embargo, se quedan: unos, para animar la oración del canto (con ayuda de una persona o dos jóvenes voluntarios); otros, para escuchar a los jóvenes que quieran confiarse a ellos. Durante el tiempo en que continúa el canto, hay también sacerdotes disponibles para el sacramento de la reconciliación. ¡Son muchos los sacerdotes que dicen no haber confesado a tanta gente en toda su vida!

Cuando, en respuesta a una invitación, tengo que viajar fuera de Taizé para animar una oración en una iglesia, pienso a veces en aquellos que no conocen este estilo de oración, que no saben que, después de un tiempo de oración en común, el canto se prolonga y se puede dejar libremente en cualquier momento, sin tener que esperar al último canto. Me siento incómodo por ellos. Para que se encuentren más a gusto, yo mismo me levanto después de una hora, voy a la sacristía a quitarme mi hábito de oración y vuelvo discretamente a sentarme en la asamblea, pensando que así otros comprenderán que son libres de salir y marcharse. Siempre es una sorpresa para mí ver que casi nadie se marcha. El canto continúa, a veces incluso durante otra hora. Nadie quiere abandonar la inmensa paz de esta oración prolongada.

A la palabra «paz» hay que añadir otra palabra que le gustaba al hermano Roger más que cualquier otra. En un documental sobre la ora-

ción con los cantos de Taizé, el hermano Roger la emplea al explicar hacia dónde debe conducir la oración. Se expresa él mismo como un padre del desierto, por medio de unas palabras intencionadamente lacónicas: «La oración querría expresar a Dios una confianza muy sencilla, muy humilde». Y añade: «todo lo que se salga de ahí tiene el peligro de no conducirnos a ninguna parte, ni a nosotros ni a los que nos escuchan».

Para volver a confiar hay que saber también cantar durante largo tiempo. En los periodos de inquietud, al hermano Roger le gustaba convocar a los hermanos en la iglesia del pueblo para una oración de alabanza. Se acordaba de la palabra del salmo: «Grito al Señor, y Él me libra de mis enemigos». Más tarde escribió esto: «Atrévete a rezar, atrévete a cantar hasta la alegría serena.»

De la protesta al testimonio

Le pregunté un día al filósofo Paul Ricoeur por qué venía a Taizé[3]. Me respondió:

> «Necesito verificar mi convicción de que, por muy radical que sea el mal, no es tan profundo como la bondad. Y si la religión, las religiones, tienen un sentido, es precisamente el de liberar el fondo de bondad de los hombres, de buscarla allí adonde el hombre ha huido totalmente».

Y el gran filósofo añadía:

> «Tenemos que liberar esta certeza, darle un lenguaje. Y el lenguaje que se le da aquí en Taizé no es el de la filosofía, ni siquiera el de la teología, sino el de la liturgia. Y para mí la liturgia no es únicamente una práctica sino también un pensamiento. Hay una teología escondida, discreta, en la liturgia que se resume en esta idea de que "la ley de la oración es la ley de la fe"».

3. Paul Ricoeur vino mucho a Taizé a lo largo de su vida. De nuestra conversación ha nacido un texto que ha sido publicado en *Taizé, au vif de l'espérance,* Bayard, Paris 2002, y que se puede encontrar también en castellano en nuestra página web: http://www.taize.fr/es_article2355.html.: « Liberar el fondo de bondad»

Proporcionar un lenguaje a una bondad liberada, podríamos decir que es dar un lenguaje a la salvación. El historiador del dogma sabe que los textos más antiguos en los que encontramos mayores indicaciones sobre los efectos de una acción salvífica de Dios no son tanto las fórmulas de confesión de fe cuanto los himnos litúrgicos. Una característica de estos textos, tal como lo señala H. Schlier[4], es que insisten en el significado del acontecimiento de la salvación para los creyentes y para el cosmos. Centrados en Cristo, estos himnos no intentan definir a Cristo ni precisar conceptualmente su identidad: cantan lo que ha hecho, y al cantar dicen quién es Él de una forma eficaz. Se sabe, además, que «el argumento soteriológico» ha constituido la nervadura o el resorte de todas las cristologías propuestas por los Padres[5]. Me parece que Paul Ricoeur sugiere algo parecido cuando evoca la oración de Taizé. El ambiente, sin embargo, no es el de la Iglesia antigua. El ateísmo ha hecho su entrada en escena. En una densa declaración donde se abordan las cuestiones del mal, del absurdo y del sentido, Paul Ricoeur examina el camino que puede ser el que recorra un joven que participe en la oración de Taizé:

> «Hemos salido de una civilización que, efectivamente, ha matado a Dios, es decir, que hace prevalecer lo absurdo y el sinsentido sobre el sentido, y esto provoca una protesta profunda. Empleo esta palabra, que es muy cercana a la de "manifestación" (atestación). Diría que la manifestación procede de la protesta, de que el vacío, lo absurdo, la muerte... no tienen la última palabra. Esto se une a mi pregunta sobre la bondad, porque la bondad no es tan sólo la respuesta al mal, sino que es también la respuesta al sinsentido. En la protesta está la palabra "testimonio". En la vida corriente se pro-testa antes de proceder a a-testar (testimoniar). En Taizé se recorre el camino de la protesta al testimonio, y este camino pasa por la ley de la oración, la ley de la

4. H. SCHLIER, «Probleme der ältesten Christologie», en (A. Grillmeier [ed.]) *L'effet de l'action salvatrice de Dieu. Le Mystère Pascal, Mysterium Salutis,* vol. 12, Cerf, Paris, p. 343.
5. Joseph DORÉ, «Les christologies patristiques et conciliaires», en *Initiation à la pratique de la théologie, **Dogmatique I,* Cerf, Paris 1982, p. 247. Se entiende por argumento soteriológico esta aproximación de los Padres que consiste en reflexionar sobre las condiciones de la salvación para decir quien es Cristo: para salvarnos, Cristo tiene que ser verdadero hombre, ya que no puede salvar lo que no ha asumido; y tiene que ser Dios, ya que solamente Dios nos puede divinizar. Cristología y soteriología son, por tanto, inseparables.

fe. La protesta está en negativo todavía, decimos que no al no. Y desde ahí hay que ir hasta el sí. Hay, por tanto, un movimiento de equilibrio entre la protesta y la manifestación o atestación. Y pienso que se hace por la oración. Me he sentido muy emocionado esta mañana por los cantos, por las oraciones en forma de vocativo: *"O, Christe"*. Es decir, que no estamos ni en lo descriptivo ni en lo prescriptivo, ¡sino en lo exhortativo y en la aclamación! Y pienso que aclamar la bondad es, pues, el himno fundamental».

El estado de no orfandad

Todos los que trabajan con jóvenes hoy saben que se trata de una generación que desconfía de los discursos y las definiciones. En un primer momento, su descubrimiento de Cristo en su identidad de Salvador pasará por la liturgia y, en concreto, por el canto que aclama lo que Él es, por recibir la paz que da, la sanación del corazón que Él opera. Hay algo en esto que recuerda la fe emergente de las primeras generaciones cristianas. Si comprendo bien este texto de Paul Ricoeur, el paso que se produce de la protesta a la manifestación se da en la oración, porque es allí en donde se produce la salida de lo absurdo y donde comienza a despuntar el sentido. Este sentido no se traduce en conceptos (aun cuando la expresión litúrgica va ella misma unida a una reflexión); en un primer momento, este sentido se canta. Es inseparable de una Presencia. La última palabra frente al mal no es la que yo pueda pronunciar: ha sido pronunciada ya por Otro. Este Otro lleva el nombre de Salvador, es decir, que ha hecho –lo repito, ha hecho–, hará lo que yo no puedo hacer. Al cantarle, descubro que no estoy huérfano, entro en este estado de no orfandad, lo que quizá sea la mejor definición de oración.

Podríamos acaso decir lo mismo si escribiéramos que a través del canto se ha realizado una apertura a la trascendencia. La belleza del canto orienta hacia una trascendencia no amenazadora. La apertura a la trascendencia en nuestros días está quizá condicionada a hacer sentir una presencia no amenazadora. Entonces se puede dar el paso: del miedo a la confianza, del aislamiento a la comunión, en la gratitud y en la sorpresa de que es posible mezclar mi voz a la de una multitud.

ST 95 (2007) 185-192

LOS LIBROS

Recensiones

González-Carvajal, Luis, En defensa de los humillados y ofendidos, Sal Terrae, Santander 2005, 352 pp.

Una vez más, Luis González-Carvajal Santabárbara nos ha vuelto a regalar uno de esos libros que aúnan el máximo interés por la temática abordada con la mayor amenidad literaria para el lector. Se trata de un estudio, publicado por *Sal Terrae,* en el que se que analizan desde la perspectiva de la fe cristiana algunos de los principales derechos humanos que, tras la publicación de la Declaración Universal de 1948, podrían constituir, en opinión de muchos pensadores, la base ética común sobre la que fundar una convivencia nacional e internacional armónica y justa. Si bien estos derechos –originariamente civiles y políticos– son objeto de un permanente debate con respecto a su carácter verdaderamente universal o a su posible fundamentación jurídica, pocos dudan de que su reconocimiento efectivo representa, hoy en día, la «prueba del algodón» en relación con el respeto real de la dignidad humana. Su violación sistemática, que todos conocemos y casi todos lamentamos, no resta en modo alguno importancia a cualquier esfuerzo encaminado a esclarecer su naturaleza y defender su aplicación general, sino al contrario. Como es sabido, el conjunto de derechos recogidos en la Declaración de 1948 ha experimentado un intento de ampliación para incorporar los de *segunda generación* –económicos y sociales– e incluso los de *tercera generación,* que tienen por sujetos a los pueblos y no a los individuos considerados aisladamente.

Como el mismo autor señala en la Introducción, ha tenido que optar por efectuar una selección de los derechos analizados, tanto por el hecho de que no todos poseen la misma relevancia como para evitar que el escrito acabara siendo exageradamente voluminoso. Finalmente, Luis González-Carvajal, después de introducirnos en la crónica de la gestación de los Derechos Humanos, analiza diez temas candentes: *el derecho a la vida; la pena de muerte; los derechos de la mujer; el racismo; la libertad religiosa; las migraciones; los derechos económicos y sociales; el derecho al desarrollo; los nacionalismos* y *la defensa de la paz.* Todos ellos forman un arco que se

inicia con el proto-derecho a la vida –cuya existencia es condición necesaria pare ejercer cualquier otro– y terminan con la paz, que debería permitir su pleno desarrollo. Creo sinceramente que la elección temática es un gran acierto.

Por lo que respecta al estilo y método de la investigación, sólo cabe decir que quienes leen habitualmente las obras de Luis reconocerán fácilmente sus rasgos específicos: enorme claridad, sutil ironía, abundancia de citas originales, ilustración del razonamiento con numerosos casos y anécdotas, diversidad de fuentes (históricas, literarias, teológicas, científicas, etc.). Los capítulos se leen con la expectación de una novela de intriga. Generalmente, cada capítulo posee una estructura análoga que es, por otra parte, habitual en la teología moral: delimitación del derecho objeto de reflexión, evolución histórica de su reconocimiento, argumentos esgrimidos para su defensa o rechazo, lectura creyente de la problemática (intentando apelar a la sensibilidad bíblica, a las distintas posiciones teológicas y a los documentos del magisterio más relevantes en cada caso), para terminar con algunas conclusiones operativas.

Siendo todo el trabajo de sumo interés –no sólo para creyentes, sino, como decimos en Navidad, «para todos los hombres y mujeres de buena voluntad»–, algunos capítulos me parecen particularmente enriquecedores, bien sea por su profundidad, bien por la originalidad del tratamiento de los temas abordados: el primero y más extenso, que explica el surgimiento del concepto de los Derechos Humanos y su justificación teórica; los que abordan la problemática del derecho a la vida y la discusión sobre la pena de muerte; los que se refieren a la libertad religiosa y al nacionalismo. Personalmente, el análisis de este último fenómeno me parece acertadísimo, aunque –como el mismo autor señala– su tesis molestará tanto a los nacionalistas más beligerantes como a los no menos beligerantes antinacionalistas (o nacionalistas de otro cuño, según los primeros). Muy equilibrado, pero con el coraje evangélico necesario, me parece el tratamiento dado a los movimientos migratorios. En cambio, la valoración de la cooperación al desarrollo, cuyo sentido general comparto, me ha parecido algo sesgada a favor de las ONGs y demasiado crítica con la acción oficial, lo que podría llevar a minusvalorar la búsqueda de soluciones políticas. La situación de los derechos de la mujer me ha parecido muy acertada, pero insuficientemente destacada la negativa influencia de la tradición judeocristiana en la discriminación de género. Es tan grave el daño causado en este campo que la «confesión de los pecados» me parece algo moderada. En este terreno, así como en el del luminoso y documentado capítulo sobre la libertad religiosa, echo en falta un poco de autocrítica con respecto a la contradicción que existe entre la defensa que la Iglesia hace en la actualidad de los derechos de las mujeres o de la libertad de expresión y las reticencias con que ella misma aplica estos principios «dentro de casa». Termino señalando que, además de aprender mucho, con este libro he experimentado «el placer de leer», y que creo que otro tanto ocurrirá a quienes tengan la suerte de que caiga en sus manos.

Pedro José Gómez Serrano

LAMET, Pedro Miguel, *El mar de dentro,* Sal Terrae, Santander 2006, 216 pp.

No se puede resumir el valle, de la infancia al cansancio, ni la multitud de los seres que vibran, cantan, sueñan, en esta antología, ni el eco innumerable que resuena en el pecho. Pedro Miguel Lamet es aquí como era, pero más niño aún, mucho más grande. El costado de cada libro suyo –siete y otros poemas– y el de cada poema elegido, es una noticia de la luz –y cierta muerte–; pero resudando en gracia férvida y acallada; no hay aquí sentimientos blandos. Hay ternura; por el ser de su Cádiz, de Su cáliz; para ser pan para las lágrimas –de él, de los hermanos–. Una floresta de hierba y oleaje, de agonía y alegría, resucitando. Si quiero recoger su mar, las caracolas brillantes, palabras, cargadas con la gloria secreta del mundo, se caen de mis manos como fuente sin control a su destino, suyo y nuestro, al pan partido y compartido, escrito con el nombre, Jesús.

Hay tanto que leer, con alma, en este *Mar de dentro,* que es mejor decir: Venid, este libro de la Sabiduría por la calle, que desborda de alma hasta los cementerios, los que se creen vivos. Dice el poeta: «autobuses, carromatos del luto... / y delante de un film, / de olvido, cada día / siéntanse cientos / de cadáveres». Llama el profeta-poeta; él lleva «entre dos soledades / tan clavado ese verso de amor / de la mirada». ¡Qué canto el suyo por toda la creación y el mar, la belleza y pobreza, lo pequeño! Dos Pedros: la manta de enfermo de Arrupe y el Obispo, compañero, Casaldáliga. Habla tanto de *dentro* como de *mar* y *amor.* Y ¡qué acierto saber hablar de Él sin que nada se astille; abriendo en la noche –muerte– el día!

Lo propio de Lamet eran grandes relatos –novela histórica, actual– de grandes hombres de Dios y del mundo: Ignacio de Loyola, Borja, Claver, y ahora, sobre mi mesa, *El aventurero de Dios – San Francisco de Javier,* espléndida edición del Gobierno de Navarra (2006, 742 pp.). Antes nos sorprendió (2004) con la maravilla de su relato *Las palabras calladas – Diario de María de Nazaret,* un monodiálogo enhebrado en piedad y ternura increíble (ahora por la 6ª edición). Es una inmersión en las palabras de María, que llena de rosa y azul el libro donde ella dice su Evangelio anticipado. Bernardo Casanueva, México-España, poeta excepcional menos conocido, se adelantó con *El Evangelio anterior,* Santander 1997 (edita: Sonsoles de Casanueva, Castellar, 37; 39003). Pero Lamet ha creado su propio gran relato original, su *adentro,* el Evangelio contemplado por María.

Su antología, *El mar de dentro,* es también relato. Pero lírico, a golpes; un corte transversal como estallido del corazón y el canto –como el pájaro–; relato distinto. No cuenta, sino canta; salta sobre el instante que le hiere, de dentro o de fuera; y su voz lo fulgura y lo transciende. Recuerdos, mar, personas, niños, pobres, sucesos... hieren su voz, sus palabras diarias, su verso suelto (17 sonetos en *Otros poemas;* cuatro, el resto). Un cosmos en amor relatado en nostalgia de cretonas, manos en las agujas, infancia que palpita, mar, y dentro.

Deja también poemas-relato; el primero abre *Génesis de la ternura,* «De la boca asombrosa de la nada»; es relato vivo que recrea para nosotros el Génesis, la creación del mundo, el hombre y la mujer, y, en «El sexo», el amor de Adán y Eva, con tersura tan compacta y bella, que uno palpa como un mármol del joven Miguel Ángel. Y repite el milagro, espejo recreado, narrando en poesía la última Cena, en «Pan de muchedumbre», un relato, adensado del Evangelio: «Es un cuerpo de Dios, hogaza universal / tu sacramento»; «Amaos»; mientras Él se huye a la muerte. «Jerusalén moría con el hombre. / El hombre es desde entonces, hecho un Dios».

En el último libro, *Como el mar a la Mar,* 1995, Lamet se dirige a Aquel que ningún nombre puede abarcar: «¡Ay, mar que no me cabes en la boca!», y confiesa: «Te he nombrado, te he dicho: / Dios, Padre, Hermano, Amigo / ...trinidad o misterio...». Y añade: «Mas debí haber callado / y, hundido en el silencio, / decirte sólo: ¡Oh Mar!». Comprensible. El que escribe, ante una nevada enorme, escribió, inédito, 19.02.06: «Me callo. / ¡No manchar la blancura tuya, Nieve!». ¿Por qué Nieve? Aparición de lo que antes le hizo escribir, en *La brasa, la ceniza, la figura* (1976): «La eterna claridad está escondida / en la nieve, en el aire, en el latido» (Javier Carranza lo cita, en ex ergo, en su primer libro, denso, *Hora de la luz,* Valladolid, Diputación, 2006).

Imposible enumerar aquí recursos, metáforas, estilos, otras cosas. No es preciso. El lector tiene al frente de *El mar de dentro* un estudio de fondo, hecho por el Catedrático Emérito en Literatura Comparada, Antonio Blanch Xiró, *«Sobre lo infinito indecible. –Introducción a la poesía de Pedro Miguel Lamet»,* una introducción, modelo de tacto, claridad en ver y decir, organización de lo esencial, profesionalidad.

Emilio del Río, SJ

RATZINGER, Joseph., – MAIER, Hans, *¿Democracia en la Iglesia?,* San Pablo, Madrid 2005, 112 pp.

Este libro, que nace con un interrogante en su título, es una obra de 1970, momento en el que la Iglesia intentaba adaptarse a las novedades que surgieron con el Concilio Vaticano II. Sus autores son Joseph Ratzinger, en su etapa de teólogo, y Hans Maier, que era por entonces el Ministro de Cultura bávaro. El tema central que plantea el libro es si es necesaria o no la democratización en el seno de la Iglesia.

Para dar respuesta, el libro se divide en dos partes: la primera se titula «¿Democratización en la Iglesia?» y está escrita por J. Ratzinger; la segunda parte tiene por título «Sobre el "gueto" de la emancipación. Crítica de la Iglesia democratizada» y fue escrita por Hans Maier.

En la primera parte Ratzinger aborda el concepto de democracia y de las democracias políticas, y afirma que éstas últimas no se pueden aplicar a la Iglesia, porque no son comparables las instituciones estatales con la estructura eclesial. Por otra parte, afirma que jamás se puede confundir la democracia con la ausencia de poder, porque, si no, estaríamos confundiendo al hombre con Dios. Afirma que la finalidad de

la Iglesia es anunciar el Evangelio, y que esto nada tiene que ver con la finalidad de las instituciones estatales, que ven en sí mismas su propio fin, con lo cual el concepto de democracia política no puede aplicarse en ningún caso a la Iglesia.

Siguiendo con este análisis de conceptos, Ratzinger cree que otra de las diferencias radica en que dentro de la Iglesia hay que distinguir entre el ministerio ordenado, que tiene unas funciones concretas, y aquello de lo que se pueden encargar los laicos. Dentro de esto destaca la estructura colegial de la comunidad eclesial.

Trata también el concepto de libertad con el que muchos asimilan la democracia que estaría detrás del pensamiento de la democracia total. En relación con esta última idea, Ratzinger considera que una diferencia clave con el Estado (y con el tipo de democracia que en él se da) la encontramos en Rm 13, donde se afirma que la autoridad es parte del orden de la creación y que la mayoría de los católicos no se preocupan de que obispos, sacerdotes, etc. pongan en equilibrio sus cargos, porque sólo les importa lo que Dios quiere de ellos.

Ratzinger se detiene a analizar conceptos clave que surgieron con fuerza en el Concilio y que se consideran la base del intento de democratización que algunos pedían para el interior de la Iglesia. Estos conceptos son: fraternidad, comprender la autoridad como algo funcional, carisma, colegialidad, sínodo, pueblo de Dios. Sostiene que ninguna de estas ideas se entendió bien y que, por tanto, no pueden ser consideradas como base para democratizar la Iglesia.

Ambos autores coinciden en que la responsabilidad de la autoridad eclesial está ligada al orden sacramental, con lo cual la democratización es poco viable.

Ratzinger concluye diciendo que no hay bases suficientes para sustentar la idea de democracia en el seno de la Iglesia y sitúa a los laicos como administradores de funciones menores dentro de la Iglesia.

En la segunda parte, Maier se muestra partidario de la democratización en la Iglesia. Parte del análisis del concepto de democracia teológica para saber si es posible una democracia en la Iglesia, y considera también que la democracia desde el punto de vista católico no es política.

Destaca también el choque que supone para el cristiano la confrontación entre las democracias políticas y la Iglesia, cuyo régimen parece casi monárquico.

Maier ve claro que la democracia siempre exige una representación o autoridad, y sin esto no puede la Iglesia ser considerada como democracia. Considera también que el camino de la posible democratización estaría en la constitución (fe y dogma) fundamental de la Iglesia, en el principio del Estado constitucional, en la división de poderes (el Papa tiene en exclusiva el poder legislativo) y en la colaboración de los laicos.

Vincula la responsabilidad de la autoridad eclesial con la ordenación sacerdotal y cree que los laicos pueden colaborar de forma real y eficaz en las finanzas, la doctrina social de la Iglesia, etc.

Para Maier la democratización se desarrollaría en dos aspectos: por una parte, la separación de poderes: legislativo, ejecutivo y judicial; por otra, la distinción entre poder sagrado (unido al sacramento) y otros poderes dentro de la Iglesia.

Olga González

ARRIOLA, Tintxo, *Sombras vivas. Diario de un cura de barrio,* PPC, Madrid 2005, 204 pp.

Tintxo Arriola es un religioso vizcaíno que ha vivido algunas temporadas en un barrio marginal de Los Ángeles, California. Lo que aquí nos presenta es una especie de diario de aquellos años. Pero se trata de un diario peculiar, sin fechas ni indicaciones cronológicas. Los títulos de cada entrada, hasta un total de sesenta capítulos, son todos ellos nombres de personas. Inspirado quizá en la tradición literaria estadounidense, estamos ante una colección de relatos cortos que constituyen, en palabras del autor del prólogo, una «novela coral».

Es, pues, un retrato colectivo en el que van apareciendo buena parte de las personas del barrio (niños, jóvenes, adultos, ancianos) y de sus múltiples espacios cotidianos (calle, cárcel, parroquia, hospital, casas, cementerio...). Las páginas de este diario nos muestran situaciones plurales (abusos sexuales, enfermedades físicas y psíquicas, drogas, embarazos deseados y no deseados, homosexualidad, suicidios frustrados y reales, inmigración irregular, conflictos y reconciliaciones matrimoniales...) y nos acercan a diversas modulaciones del corazón humano (ternura, lucha, desesperación, impotencia, contradicción, esperanza, fidelidad...). Todo ello, a la sombra de Dios, o con Dios tras las sombras de la vida.

No son, sin embargo, historias bonitas, espiritualizadas o de final feliz. Muchas de ellas ni siquiera tienen final: son historias abiertas, como la vida misma. No están escritas para enseñarnos una moraleja, sino para invitarnos a horadar la realidad. Tampoco el autor fuerza las historias para ser llamativo o impactante. Quizá alguien pueda pensar que hay un tono pesimista en sus páginas, pero más bien parece un realismo dolorido y esperanzado que asume la fragilidad, ambivalencia y complejidad de la vida cotidiana, «la gris realidad del barrio» (p. 44). Sus páginas, llenas de finura humana con algunas dosis de humor, ofrecen como destilado una sugerente mezcla de filosofía, teología y poesía.

Filosofía a pie de calle, no sólo ni principalmente porque cite autores conocidos (desde Jenófanes hasta Wittgenstein, desde Platón hasta Nietzsche), sino porque Arriola tiene capacidad reflexiva y querencia especulativa, que le permite ahondar en la realidad y plantear preguntas que nos llevan más allá de la mera apariencia. Y ello sin aspavientos ni lenguaje erudito, sino con un estilo a la vez directo e insinuante. Casi se podría hablar de *prosa poética.* Arriola escribe bien, espolvorea el texto con citas luminosas y alusiones sugestivas (de Fellini a Oscar Wilde, de Goethe a Woody Allen, de Bach a César Vallejo). Dos metáforas, en mi opinión, dominan el texto y le otorgan una hilazón unificadora. Las sombras que dan título al libro (pp. 24, 40, 46, 54, 110, 136, 167, 169, 176, 191) y los espejos (pp. 59, 68, 123) como símbolo de la soledad y el anonimato.

Hay mucho de *teología narrativa* en estas páginas, aunque la reflexión de corte bíblico está llamativamente ausente. Bien mirado, este hecho puede no ser una mala cosa, porque una sugerencia podría consistir en utilizar el libro como material para

homilías, para oraciones grupales o incluso como complemento en el oficio de lectura de la Liturgia de las Horas. Pero eso sólo será posible y fructífero si el lector hace su propio trabajo personal de profundización y explicitación de la raíz bíblica de la experiencia de Arriola. Sin duda, lo más desarrollado en este ámbito (a la vez que una de las aportaciones más peculiares para nuestro contexto) es la conexión de la vida cotidiana del barrio con los sacramentos. Vamos viendo muy distintas situaciones vitales, personales, sociales y espirituales que desembocan en el bautismo (pp. 22, 48, 98), la eucaristía (30, 32, 45, 87), la reconciliación (24, 84, 123), el matrimonio (27, 32, 34, 65, 68, 189), el orden sacerdotal (43), la confirmación (165) y la unción de enfermos (94). Además, aparecen otras ceremonias «sacramentales», como bendiciones de coches o casas, rosario, procesión del Corpus, *quinceañeras* o la misma vida religiosa.

Este punto nos lleva a una imprescindible aclaración para el lector español. En el barrio en el que transcurren estas historias, los curas son «respetados por todos, sinceramente queridos por la inmensa mayoría, indiferentes para muy pocos» (p. 62). ¡Qué diferente de lo que vivimos en nuestro contexto, incluido el Bilbao de Arriola...! El ambiente de los barrios pobres de Los Ángeles, con toda su dureza e injusticia, no es tan opaco a lo religioso como la secularización urbana de nuestra Europa. Y esto marca una gran diferencia que no puede pasar desapercibida.

La vida, nos dice Arriola, no se puede definir, atrapar, medir o controlar. La vida, como las sombras, tiene algo de elusivo que requiere una mirada bien aguzada. Por eso, la revelación de Dios ha manifestado la Vida a través de las sombras, desde el libro del Éxodo hasta el evangelio de Lucas, en lo cotidiano de la existencia humana. A profundizar en este misterio nos ayudará este jugoso diario de un cristiano urbano.

Daniel Izuzquiza, SJ

MATINO, Gennaro, *La ternura de un dios diferente,* Sal Terrae, Santander 2005, 256 pp.

Palabras como «sufrimiento», «mal», «muerte»... tienen la cualidad de presentar realidades ambiguas, al menos en el pensamiento de este párroco y profesor: *por un lado,* abaten y muestran las limitaciones humanas hasta el punto de la impotencia; nuestras sociedades enseñan que son enemigas del hombre al extremos de imposibilitar la felicidad; *por otro,* se convierten en grandes posibilidades para quebrar una existencia sin un sentido profundo y descubrir las verdaderas raíces y el rostro amable de Dios.

La realidad pastoral se encuentra muchas veces, en los libros, al margen de realidades como éstas, que cuando se presentan parecen dejar sin respuesta. Las personas, según la experiencia de este autor y muchos otros evangelizadores, se preguntan constantemente el *porqué* de aquello que les ocurre, y más aún cuando se trata de algo injusto y que provoca sufrimiento. Al nacer de esta constatación, el libro habla, con intención de interpelar de forma más viva y directa, en primera persona. Algo tan

real y cotidiano en los acompañamientos, en el trato con la gente, en los periódicos y las noticias, no puede ser contestado ni dialogado de otra forma. Se trata, como él mismo dice, no de «hablar sobre la muerte», sino de dialogar y enfrentarse con ella como acontecimiento diario. Lo segundo es más difícil, sobre todo cuando la idea de Dios Omnipotente y del hombre feliz, también omnipotente, parecen interrumpir cualquier posibilidad de fragilidad, compasión y ternura. Sólo Jesús es icono de ese diálogo, al tiempo que revela al Padre y lo plenamente humano.

Después de acercarse a la Palabra, al Evangelio, y comentarlo fijándose en los detalles que muestran una humanidad no pocas veces escandalosa en la persona de Jesús, se ofrece también la propia meditación del autor. Comentarios bíblicos se entremezclan con citas de filósofos, literatos y poetas, teólogos. Repartidos en trece capítulos, quiere dibujar un recorrido personal que va desde el amargo reconocimiento de su fragilidad para acompañar la muerte y el dolor hasta el alumbramiento de una nueva esperanza. A través de este camino, las situaciones que parecen no tener sentido se convierten en la irritante ruptura de una fe que «controla y esquematiza» hacia la verdadera fe que confía e ilumina. Aquello novedoso que nace es la presencia viva y real de Dios, un Dios diferente cuya imagen ha quedado testimoniada en las palabras y acciones de Jesús de Nazaret.

Quizá lo más valioso de todo el texto sea su afirmación de que, frente a la ausencia y la soledad que parecen encerrar ciertas situaciones, éstas son lugar privilegiado del encuentro con Dios y descubren el verdadero amor que plenifica a la persona. Es un mensaje constante en cada una de sus páginas: Dios no sólo acompaña en el dolor, sino que hasta la muerte ha sido vencida, de forma que nada puede separarnos de su Amor. Y la Cruz es, aun en sociedades tan acostumbradas a tenerla cerca en templos o habitaciones, una invitación continua a un asombro que recuerda que Dios entregó a su Hijo por amor, no para cubrir sus necesidades. Por eso la respuesta que la fe da a estas cuestiones, como se descubre en este libro, sería cruel si fuese un artificio o algo que no se vive. El Evangelio muestra un camino vivo en el cual también entra la ternura, lo incomprensible, lo aparentemente contradictorio... Jesús llora, se compadece y sufre hasta el extremo de convertir la muerte en entrega.

José Fernando Juan Santos